

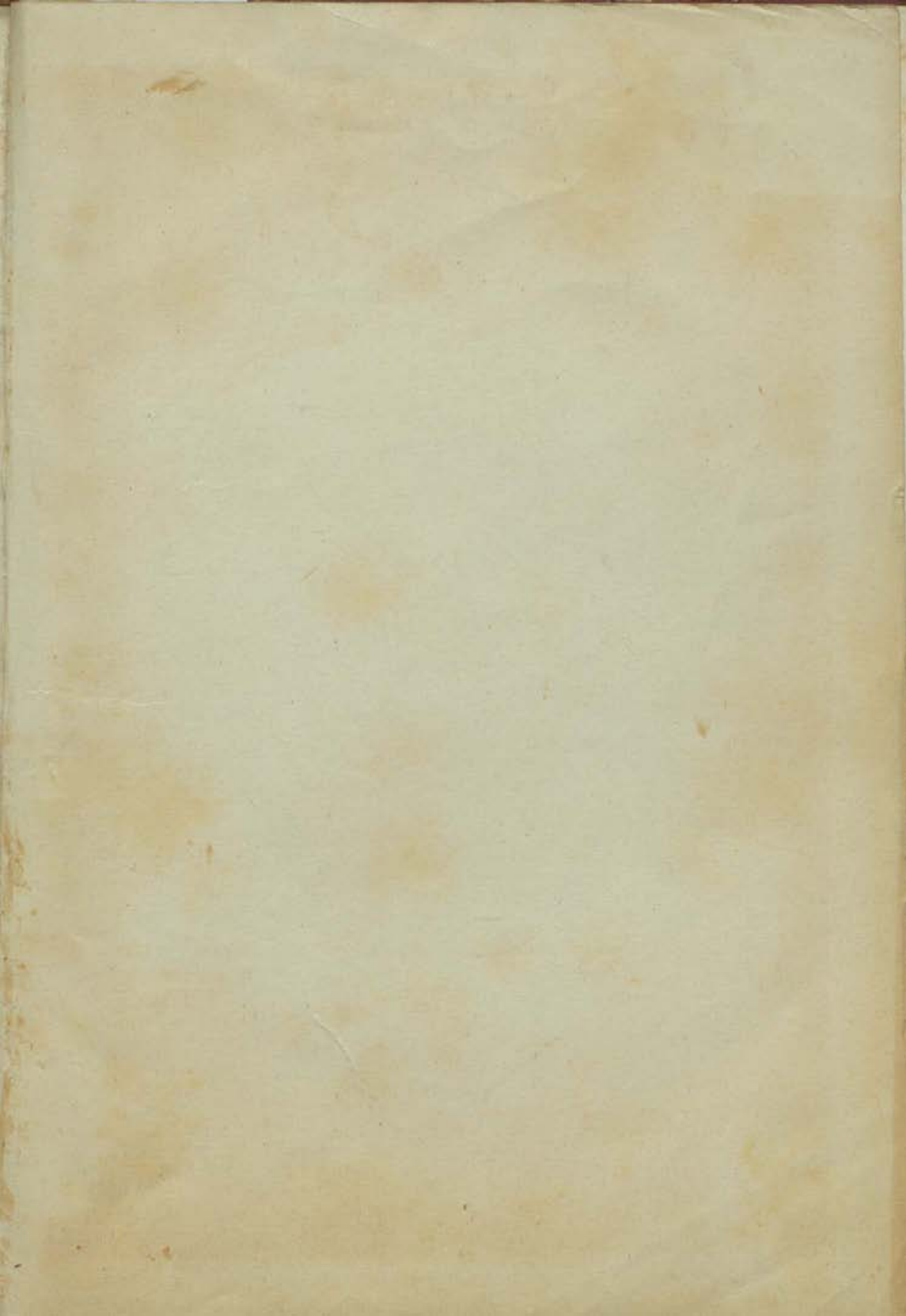
**Cartas a
Gente Menuda**

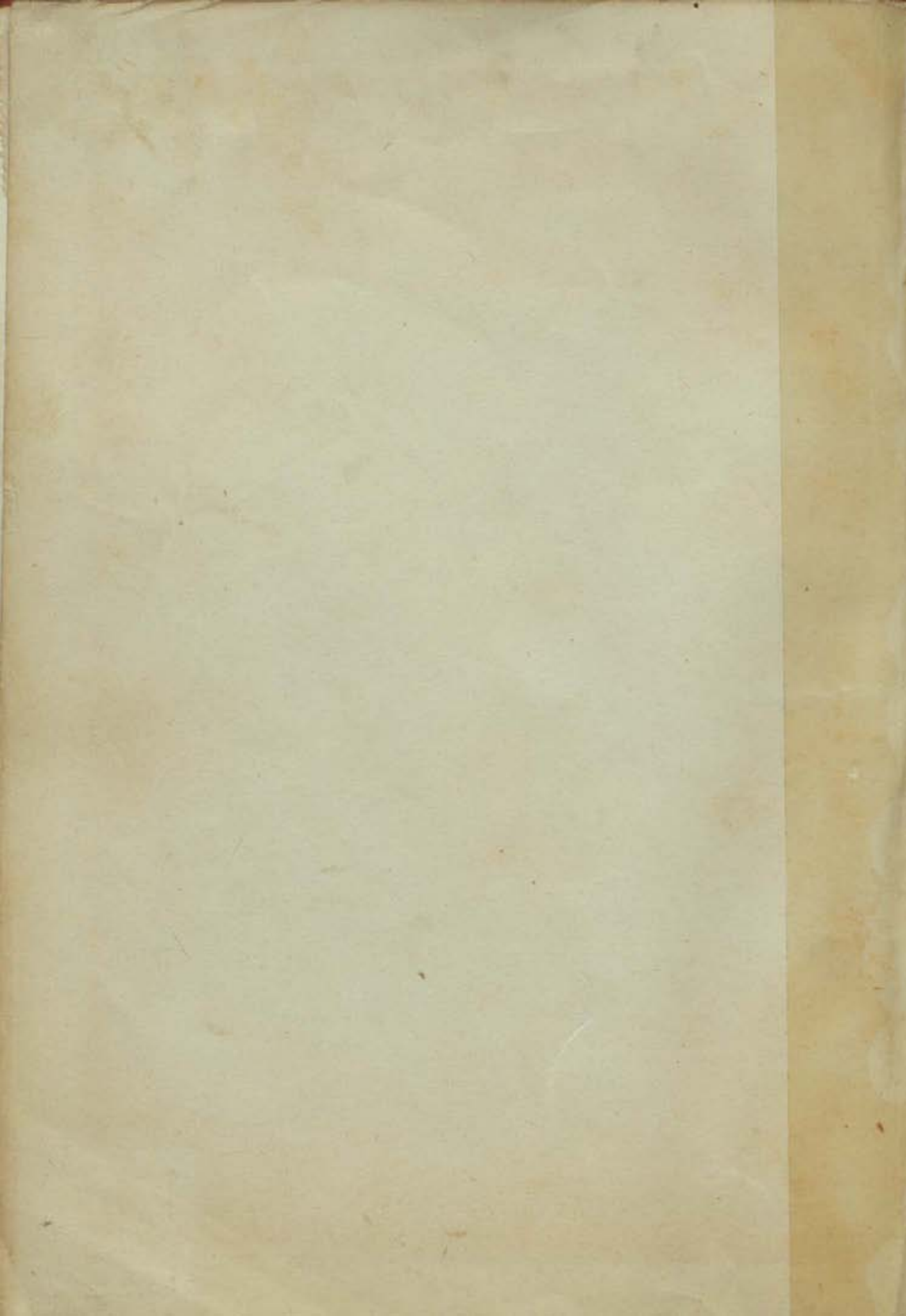
por **Constancio C. Vigil**

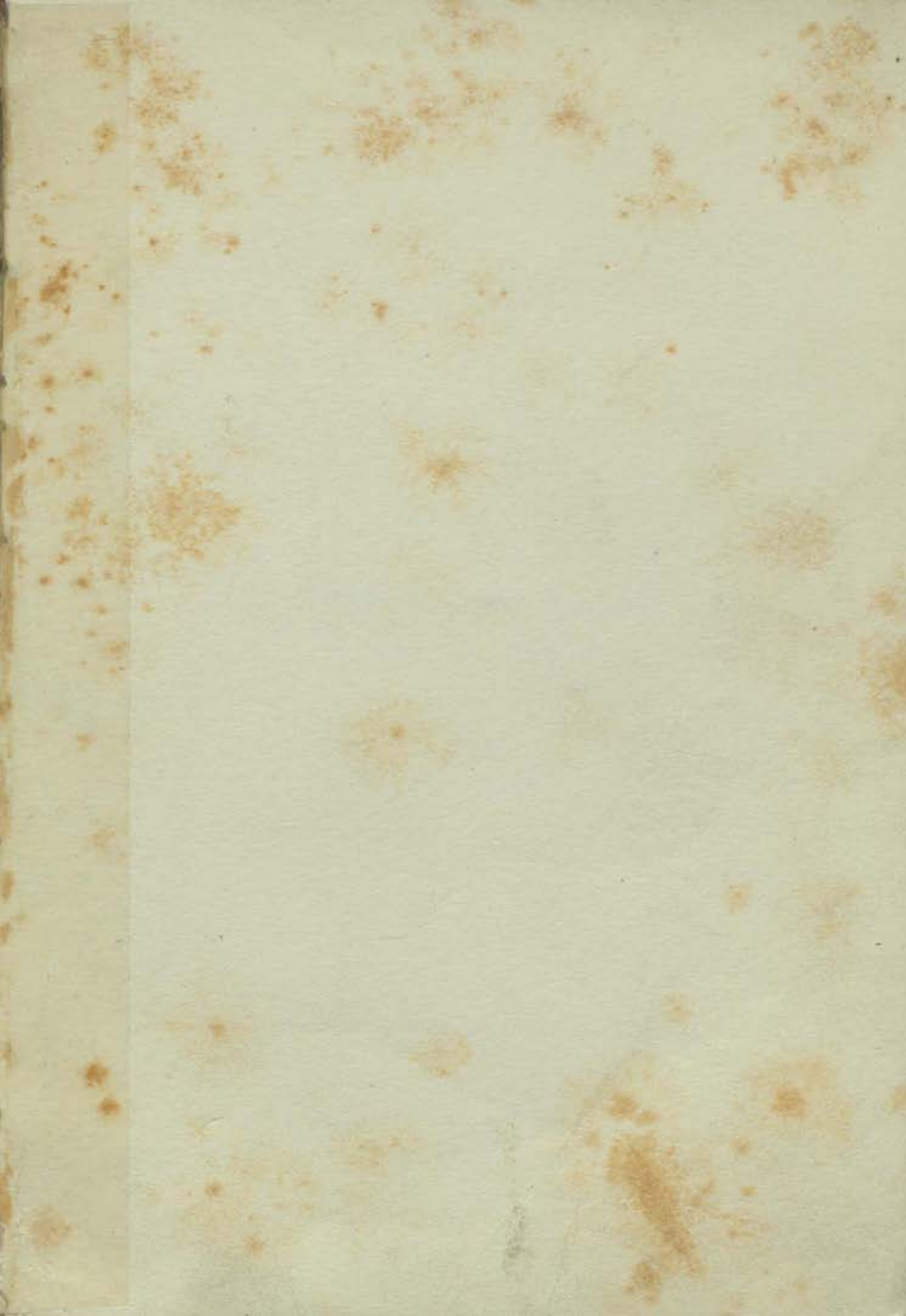
A

11-7

40









Cartas a Gente Menuda

11 1/2

*Es propiedad del autor.
Se reserva el derecho de
traducción.*

*Hecho el depósito que
marcan las leyes.*

MT 4
1927
Vigil

Cartas a Gente Menuda

POR

CONSTANCIO C. VIGIL

"BIBLIOTECA POPULAR"

CONSEJO ESCOLAR 6°

CUBIERTA de BATISTA

ILUSTRACIONES de GOLDSCHMIDT y UGARTE



1ª Edición



R. B. P. TALLERES GRAFICOS R. B. P.

Azopardo y Venezuela - Buenos Aires

1927

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

EL ERIAL (4a edición)

LOS QUE PASAN

LAS VERDADES OCULTAS

CUENTOS

LIBROS PARA LOS NIÑOS:

MARTA Y JORGE (2a edición)

MANGOCHO

CUENTOS PARA NIÑOS

BOTON TOLON



ME ha alegrado tu carta, como las de los otros niños y niñas que me escriben para decirme que leen con gusto mis libros.

He trabajado mucho, mi querida Mabel; he

trabajado siempre, y ahora deseo entregarles a los niños lo mejor que yo pueda en los años de vida que me queden.

Por esto, al saber que ustedes me comprenden y se entretienen con mis libros, los ojos se me llenan de lágrimas.

¡Qué dulzura tan grande saber que mis palabras son escuchadas!
¡Saber que llega hasta ustedes la ternura con que siempre los amé!
¡Saber que después que muera voy a vivir en el pensamiento y en el corazón de ustedes!...

¡Es el premio más grande!...

¡Ya recibo mi paga!

La vida es buena conmigo.

Le daré, todavía, cuanto tenga y cuanto pueda. Quiero que mi conciencia no me reproche que no saldé mi cuenta con mis padres,

con las personas que me hayan ayudado en cualquier forma, con la sociedad y con mi patria.

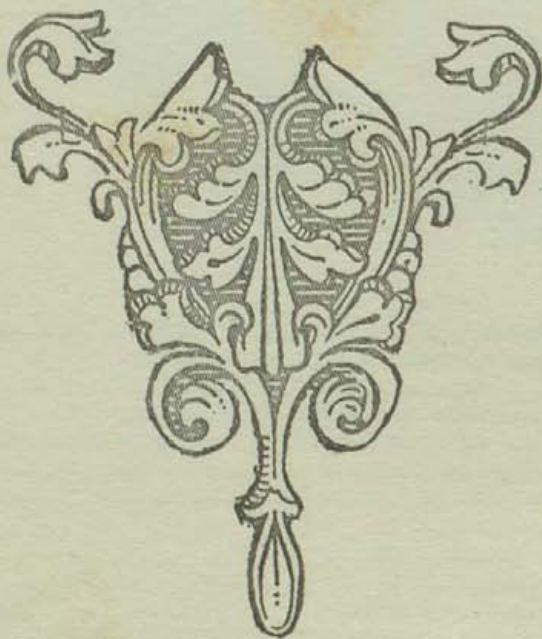
Todo me fué dado: todo cuanto yo pueda lo daré.

No debo irme del mundo como un ladrón; ni siquiera como un ingrato. Debo irme como mis padres me mandaron: como un hombre de bien.

Cuando ustedes me dicen que los entretengo y los ayudo con mis libros, es como si me dijeran que está bien; que es valadera la moneda con que le pago a la vida lo que a la vida le debo.

Y por eso, por eso, al escucharlos, los ojos se me llenan de lágrimas.

Es la alegría de un viejo corazón que ya no sabe alegrarse en otra forma.



EL CABECITA NEGRA

VOY a contarte una cosa que le aconteció a un niño que tú conoces y que se llama Elías.

Este Elías era un chico tan pobrecito que tenía que buscarse el alimento por los campos. Muchas veces, en los días lluviosos de invierno, no probaba bocado. Era, no obstante, un chico alegre, de ojuelos vivaces y que cantaba con su vocecita débil unas sencillas canciones aprendidas de sus padres cuando todavía estaban con él.

La ropa no le alcanzaba para las piernas, así que las tenía siempre desnudas. También llevaba al aire la cabecita negra, que diariamente lavaba en la orilla de un arroyo y que el viento y el sol se la peinaban lo mejor posible.



Un día que andaba distraído, lo tomaron preso y lo metieron en la prisión. El pobrecito se afligía, sin atinar a comprender por qué lo encarcelaban. No había en el mundo quien pudiera socorrerlo. Los únicos, serían sus padres, y aunque era muy difícil saber por dónde estarían, púsose a llamarlos desesperadamente.

Pasaron horas, y ninguno de los dos le contestaba. Entonces, se dedicó afanosamente a revisar su estrecha cárcel.



Quizás hallara algún agujerito, algún barroto flojo, para poder salir y recobrar la libertad...

Era muy triste no poder reunirse y jugar con los otros compañeros.

Febil y sediento, continuó en esta tarea hasta que anocheció...

Y se quedó dormido en las tinieblas de la cárcel, con una angustia que lo ahogaba.

Al aclarar, su dolor fué más agudo todavía. No podía convencerse de que le era imposible salir de allí. Y volvió a revisar uno por uno los barrotes, con la esperanza de que faltara alguno, o de que alguno pudiera ser separado lo indispensable para pasar.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.
¡Ya nunca más pudo salir de la prisión!
Yo no sé cómo no se le ha puesto blanca

la cabecita, con tanto que ha sufrido.

Tú lo conoces, Ricardo.

Sabes quién lo privó de la libertad.

Sabes dónde está la cárcel.

El desdichado niño... ¡es el "cabecita negra" que tienes en la jaula!...

¡Ese que cuando llora te parece que canta de alegría!...



NO QUIERAS PARECER LO QUE NO ERES



CONOZCO yo a un niño... que quiere parecer lo que no es. Este niño es siempre el blanco al que apuntan los compañeros con sus burlas.

Nadie se ríe de un niño porque sea bajito, feo o de pocas fuerzas.

Nadie encontraría en ello motivo para mofarse.

¿Acaso es culpa suya ser como es?

Pero si ese mismo niño pretende que lo crean alto, hermoso y fuerte, en seguida todos se ríen de él, porque tal pretensión es voluntaria y evidencia un defecto del cual es responsable.

Si alguien desea parecer instruído, es necesario que aprenda; si anhela que lo supongan educado, es necesario que sea educado; si quiere parecer un buen jugador de fútbol, es necesario que se ejercite y sepa jugar bien, con verdadera destreza.

Muchos disgustos provienen de la manía de parecer sin ser.

Es ridículo aquello que por su rareza o extravagancia puede mover a risa.

Pero las deficiencias, los errores enteramente involuntarios, las desgracias, por extravagantes que sean, no provocan la risa más que en los malvados o inconscientes.



¿Tiene un hombre la culpa de que le falte un brazo? ¿Es motivo de jarana que una señora tenga que caminar, forzosamente, apoyándose en un bastón?...

Un calvo no hace reír; pero si este mismo calvo pretende hacer creer que posee cabello colocándose una peluca, tórnase ridículo.

Un ciego no es posible que cause hilaridad. Mas si este ciego se propusiera disimular su defecto y fingiera que ve, se volvería ridículo.

Ya sabes ahora por qué las compañeras no se rieron de Rosa porque no sabía la lección, y, en cambio, toda la clase se rió de ti.

Rosa dijo sincera y sencillamente que no la sabía.

Tú, en cambio, pretendiste engañar a la maestra y te pusiste en ridículo.

Que la experiencia te sirva para el resto de tu vida.

Nadie es ridículo mientras no pretenda parecer lo que no es.



UN OLVIDO INVOLUNTARIO

TE confieso que me quedé ayer sorprendido al ver que saliste para la escuela sin darle un beso a tu madre. Probablemente, distraída; quizás, preocupada, con tus lecciones.

Eres una alumna ejemplar. Siempre llegas a la escuela a la hora exacta; limpiita, alegre, con deseos de aprender.

Siempre te retiras de la clase habiendo aprendido algo y agradecida a tu maestra.

Supongo que eres, también, una hijita muy buena. Pensaba que, al separarte de tu madre, le dirías en un beso, sin palabras:



—¡Gracias, madre-cita mía, por todo lo que has hecho por mí ayer y hoy; por todo cuanto harás hoy, y mañana, y siempre. Me separo de tí, para ir a honrarte en la escuela; ¡pero no puedoirme sin dejarte estampada en el rostro mi ternura!... Ya sabes que mi cariño inmenso te acompaña... ¡Que tu amor me guíe y me ampare lejos de tí, lo mismo que cuando estoy al

lado tuyo! — Todo esto le dice el beso de una hija al corazón de una madre.

Y la madre, al besarla, le contesta, sin decir una palabra:

—¡Hijita mía!... Que Dios, clemente y misericordioso, te proteja... Parece que te vas y, al mismo tiempo, parece que te quedas... Estás dentro de mi alma; eres yo misma más chica... Siguiendo tus pasitos, se van mis esperanzas y mis pensamientos... Te seguiré y estaré al lado tuyo en todos los instantes... ¡Si el amor fuera luz, este beso que te doy brillaría como una estrella en tu frente: alumbraría tu sendero, para que nunca te extraviaras en tu viaje hacia la dicha!...

*

¡Ya ves cuánto se dicen en un beso madre e hija!

¿Cómo te fuiste, sin decirle nada, sin recoger en tu corazón su santo anhelo?...

Ella se habrá quedado triste y preocupada, pues tu olvido tiene forzosamente que dolerle, aunque no te lo haya dicho.

¡Nunca más!... ¡Nunca más!...



LAS PREGUNTAS DE TOTO

NO sé si lo conoces a Totó... Es aquel chico que vive a la vuelta de tu casa, que anda siempre con las medias caídas y las manos en los bolsillos del pantalón. Aquel que el otro día, para no atarse el cordón de los zapatos, lo sacó de un tirón y se lo guardó en el saco...

El domingo de mañana me encontré con Totó y con su papá, que lo llevaba de paseo. Iba muy bien arregladito. Se conoce que la mamá había trabajado bastante.

Apenas anduvimos unos pasos, dijo Totó:

—Papá, ¿qué es aquello?

—Un automóvil.

—Pero es muy grande.

—Sí; es un automóvil muy grande.

—¿Y por qué están esos hombres allí?

—Porque, seguramente, se ha detenido el motor y procuran arreglarlo.

—¿Por eso está aquel agachado y el otro se ha metido debajo?

—Sí, hijo; ya lo ves.

—¿Y si no pueden arreglarlo?

—Tendrán que llevarlo con otro automóvil hasta su garage.

—¿Cómo hacen para que venga un automóvil a buscarlo?...

—Avisarán por teléfono.



—¿De dónde hablarán por teléfono?...

Al llegar a este punto, me sentí tan mortificado, que me despedí de ellos. El padre de Totó no debía haber contestado a ninguna de sus impertinentes preguntas.

Cualquier niño de su edad no necesita, en un caso semejante, preguntar absolutamente nada.

Grande o chico, bien vea él que era un automóvil. Si

estaba detenido en mitad de la calzada, era evidente que no podía caminar. Nadie con ojos dudaría de que los hombres se esforzaban en encontrar la falla del motor. Por

otra parte, todos los niños han visto que cuando un automóvil no marcha es remolcado por otro; todos, también, conocen el uso del teléfono para comunicarse a distancia.

¿Por qué, pues, tantas preguntas?

Por costumbre y por pereza, Totó se ha habituado a mirar sin ver, a no observar y a no pensar. Si no se modifica, llegará a ser un perfecto tonto y un perfecto inútil.

¿Para qué le sirven a Totó los ojos, si todo quiere verlo con los ojos de su padre?

¿Para qué le sirve la cabeza, si no es capaz de pensar nada?





Quando sea hombre, ¿seguirá preguntándolo todo como ahora?... ¿Quién andará al

lado de él para contestarle con la paciencia de su padre?... ¿Cómo trabajará y triunfará en la vida con unos ojos que no saben ver y una cabeza que no sabe pensar?

Todo aquello que un niño puede observar, imaginar o pensar por sí mismo, nunca se le ha de decir; precisamente, para que lo observe, para ejercitar su atención, para que piense, compruebe, compare, mida, cuente y deduzca por sí mismo.

Yo tenía un libro en la mano y tú me pre-

guntaste qué libro era. Sin contestarte una palabra, te lo dí.

Tú me miraste, como sorprendido, y me lo devolviste sin examinarlo.

Eso estuvo mal, amigo.

Si fueses Totó, ya sé cuáles serían las preguntas:

—¿Qué libro es este?... ¿Hay figuras?... ¿Quién lo hizo?... ¿Cuántas páginas tiene?...

Pero tú, amiguito, otra vez hazme el favor de tomar el libro y todo lo averiguarás sin otra ayuda que la de tus ojos.

En algunos minutos, te enterarás de todo eso y de mucho más, dándome la alegría de no proceder como los tontos.

Imagínate que Totó llega a mozo sin cambiar y que se inicia como aprendiz en un taller. Comenzará de inmediato a atormentar al maestro con sus preguntas... Estoy seguro de que al



llegar al mediodía, el maestro, harto ya de aguantarlo, le dirá:
—Bueno, joven: dígale a su papá que usted no sirve para esto, y que no lo mande más.

Un muchacho acostumbrado a observar y a pensar mirará con atención las herramientas, el uso que se hace de ellas y cómo se rea-



liza cada labor. A fuerza de ver, aprenderá, sin preguntar más que lo indispensable. Y el maestro podrá decirle un día a su padre, con satisfacción y con justicia:

—Su hijo es un aprendiz ejemplar. En vez de hablar, observa; en vez de preguntar, busca por sí mismo la explicación de cada cosa. Es prolijo y tenaz para vencer las dificultades. Ya merece ganar mayor salario, y se lo pagaré. No cabe duda de que llegará a ser un maestro en el oficio.



UNA MAMA EXTRAORDINARIA

YA sé que en tu casa hay un gato que no parece gato. Yo lo he visto acariciar las piernas de las personas con las patas delanteras y saltar, a la voz de orden, sobre las personas y las sillas, como un perro probista. Es un gato que no se enoja nunca, que no muerde ni araña, aunque le tiren de las orejas.

Pues ahora te contaré que ayer he visto una gata que no parece gata; una gata que ha aceptado ser la nodriza de un perro.

¿Verdad que es todavía más rara que tu gato?

Fuí a la casa donde poseen esta curiosidad, expresamente para contemplarla.

En una pieza pequeña que hay en el fondo del jardín, encontré a la señora mamá indolentemente reclinada en un sofá muy viejo.

El bebe estaba echado junto a ella.

Es un perrito blanco, muy chiquito, de pelo corto, con una orejita negra.

La gente de la casa me explicó que cuando murió la madre del perrito, éste contaba dos días y tenía aún los ojos cerrados.



Lo consideraron condenado a morir, como los otros dos hermanitos, cuando vino el jardinero con la noticia de que estaba la gata en esta pieza, sin familia y en disponibilidad para ser ama de cría.

El mismo jardinero se encargó de realizar el ensayo para saber si era posible que la señora gata aceptara al chiquitín como hijo.

Así lo hizo durante la noche.

Mientras le ofrecía a la gata su manjar preferido — que es hígado de vaca bien picadito, — procuró que tolerara la proximidad del hijo postizo que el destino le daba.

La gata es tan mansita que no

opuso ninguna resistencia. El perrucho ciego estaba tan hambriento que se puso a mamar desesperadamente.

Al otro día, ya se podía comprobar que la nodriza aceptaba de firme la crianza.

Más que nodriza, es una verdadera madre.

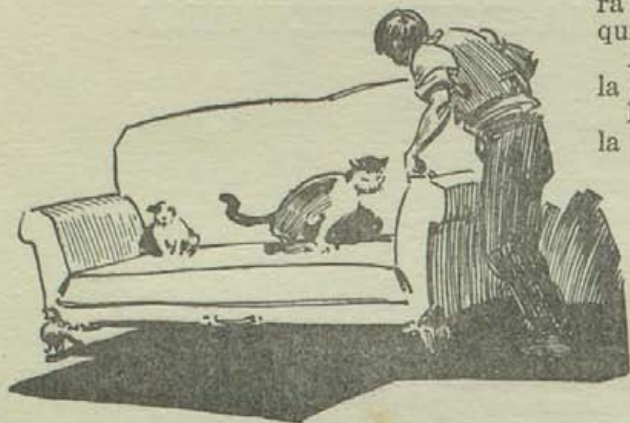
Cuida al perrito con toda prolijidad y con amorosa solicitud.

Se ha acostumbrado a acudir a su llamado en cuanto oye sus débiles ladridos.

Han transcurrido ya diez y ocho días.

El perrito está gordo, contento y demuestra su tierna gratitud a quien le salvó de una muerte segura.

La amistad entre estos animales perdurará sin duda para desmentir a los que suponen que por fuerza se odian en forma irreconciliable los perros y los gatos.



¿VALE LA PENA TENER LINDA LETRA?



mente formada. Pero si bien la caligrafía no sirve para trabajar el hierro o la madera, es indudable que sirve para escribir las anotaciones relacionadas con cualquier clase de trabajo.

Es, también, indudable que entre varias personas que aspiran a un empleo tiene más probabilidades de conseguirlo aquella que, en igualdad de condiciones, posee caligrafía.

Una carta escrita con linda letra produce un efecto mucho más agradable que una carta escrita con rasgos feos, desperejos y torcidos.

Para adquirir una letra correcta

ES cierto que sin una letra clara y agradable podrás desempeñar numerosas tareas. Muchas personas que trabajan en la industria y en el comercio no poseen caligrafía, que es el arte de escribir con letra correcta-



es indispensable ejercitar la atención, la voluntad y la paciencia; el desarrollo de estas cualidades es de gran utilidad para todos los actos de la vida. Supongamos que la caligrafía es solamente un deporte mental: siempre sería tan beneficiosa y recomendable como los deportes destinados a desarrollar armoniosamente el cuerpo y mantenerlo en salud.

Cuando se pinta una puerta, cuando se serrucha una madera, cuando se toca un instrumento musical, es preferible hacerlo del mejor modo posible.

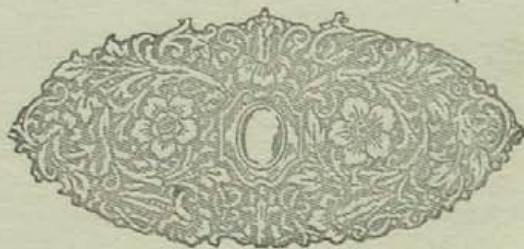
Cuando se escribe es, asimismo, preferible y conveniente escribir de la manera más correcta que la enseñanza recibida nos permita.

Es necesario recordar ante cada obra que afrontamos que todo cuanto realiza el hombre merece ser bien hecho.

No por la obra, únicamente, sino por el propio hombre, que, al esmerarse en lo que realiza, consigue perfeccionarse sin cesar.

“No vale la pena” es la eterna disculpa de los perezosos y de los ignorantes.

Pero la vida les contesta: “No vale la pena comer”. “No vale la pena dormir bajo techo”. “Tampoco vale la pena de que disfrutes de las satisfacciones a que tienen derecho los hombres laboriosos”.



LOS TRABAJOS DEL PUERTO

COMO aquí en el campo no hay guinche, yo quisiera saber cómo es. Aquí cargan y descargan la arena con palas, y me parece que ha de ser muy lindo ver que una máquina haga eso”.

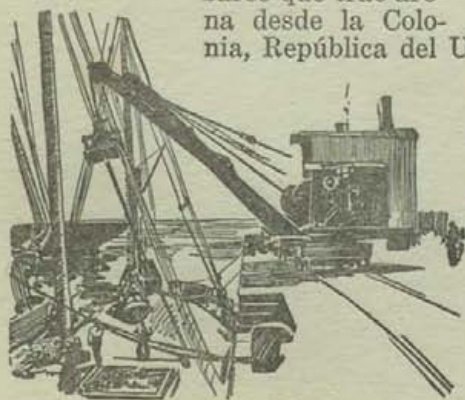
Así dice la carta de Mario, un niño que adelantará en la vida, puesto que siente el deseo de aprender.

Yo le contesté a Mario en la siguiente forma:

“Si alguna vez vienes a la ciudad podrás ver muchas grúas, o guinches, en las dársenas.

La forma en que trabajan es muy sencilla y ahora lo comprenderás perfectamente examinando estos dibujos, cuya explicación es la siguiente:

En el dibujo número 1 verás un barco que trae arena desde la Colonia, República del Uruguay. Esta arena es preferida



Número 2.



Número 1.

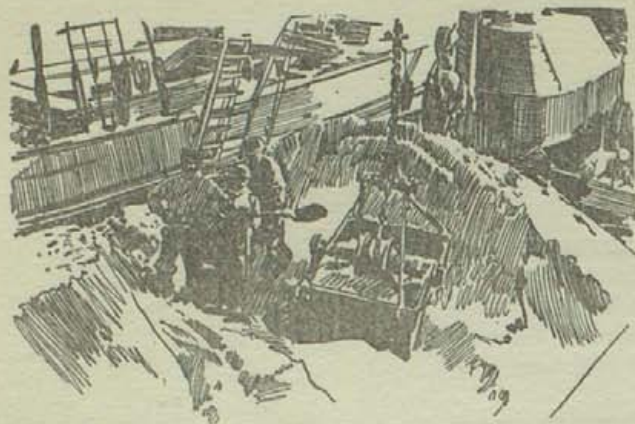
para las construcciones, por su pureza, lo que le da una mayor consistencia y sequedad.

El barco está atracado al dique número 1.

Ha comenzado la tarea de la descarga.

La grúa hace subir el gran balde lleno de arena, desde la bodega. Los hombres de a bordo prestan la ayuda necesaria.

En el dibujo número 2 se observa el momento en que llega el



Número 3.

En el dibujo número 3. se representa el sitio de la dársena donde es amontonada la arena de una de las empresas que se ocupan en esta clase de transporte.

Se extrae arena del montón para conducirla a su destino.

Al descansar en el suelo y cerrarse, el balde toma toda la arena que es posible, pero no queda lleno. Los obreros, con las palas, se disponen a completar la carga.

El dibujo número 4 muestra cuando la grúa ha levantado el balde y se pone en marcha.

Todos estos movimientos son dirigidos por medio de palancas por el obrero que va dentro de una especie de casilla, el cual recibe una boleta por cada balde de arena que entrega.

Los movimientos de la grúa son tan distintos y precisos que parecen hechos por un ser dotado de inteligencia y no por un mecanismo de acero.

Como observarás en los dibujos, baja el balde en el sitio conveniente; lo cierra, lo levanta y lo lleva adonde se desea.

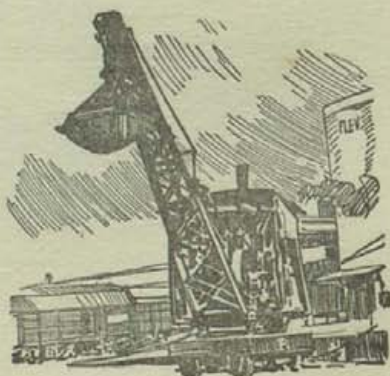
La arena que ha conducido en el dibujo número 5 está destinada al interior del país, pues la lleva a un vagón del ferrocarril.

Después de haber hecho descender el balde hasta el punto conveniente, separa sus dos cavidades y la arena se

balde al punto máximo de elevación. La grúa empieza a girar para luego dirigirse al sitio donde depositará la arena.

Antes de iniciar la marcha da una pitada para prevenir a las personas próximas que se aparten de su camino.

Las ruedas se deslizan por vías.



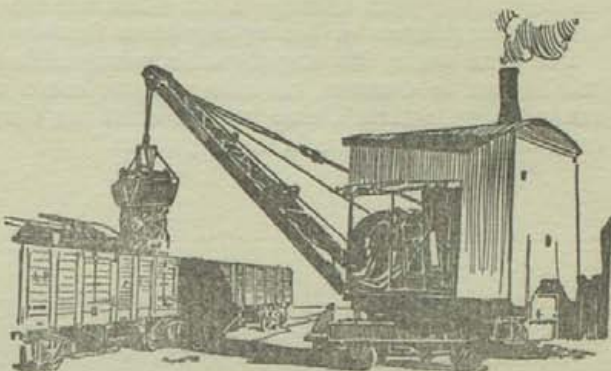
Número 4.

desliza sin que se derrame ninguna porción por el suelo.

Cuando la carga de los vagones esté completa, la locomotora los conducirá hasta el punto de empalme. Estas locomotoras sólo circulan en el puerto.

El dibujo número 6 muestra cómo se procede cuando la arena extraída del depósito está destinada a la capital.

La grúa la descarga en el carro. El carrero sostiene el balde para evitar que algún pequeño movimiento produzca la caída de arena fuera del vehículo.



Número 5.

* * *

Ahora te será fácil comprender cómo son las grúas y la forma en que trabajan.

Lo difícil ha sido llegar a concebir una máquina tan útil, tan complicada y de un manejo tan sencillo.



Número 6.

Ella permite acelerar notablemente los trabajos del puerto, que son muy interesantes y de gran importancia para la prosperidad del país. Gracias a la grúa — que también es llamada "guinche" — la estadía de los buques en el puerto se reduce notablemente, lo que es de enorme importancia. El si-

LIBRARY OF THE
CONGRUO DE LA CIUDAD DE

no disponible para atracar a las dársenas no alcanzaría para todas las embarcaciones si las operaciones fueran más lentas.

Por otra parte, las empresas de navegación sufrirían grandes perjuicios con la demora, no sólo porque, como es sabido, "barco fondeado no gana flete", sino por los elevados derechos que se paga por cada día de permanencia en el puerto."



LA OTRA MUÑECA Y LA TUYA

PPROMETÍ explicarte por qué me quedé callado cuando me preguntaste cuál de las dos muñecas es más linda.

Callé, porque no era aquella la oportunidad para justificar mis dudas.

Tu muñeca es muy linda. Posee una cara perfecta de porcelana; cabellos rubios que parecen de verdad; hermosas manos; mueve las piernas como una persona; cierra los ojos cuando se duerme, y habla.

El vestido, el sombrero, las medias y los zapatitos de cuero completan su hermosura.

Pero la muñeca de Leonorcita, la hija de la planchadora, también me gusta mucho. No fué comprada en una juguetería, como la tuya. Ella misma la hizo.

En la carpintería de la otra cuadra le regalaron aserrín. Su madre le dió un pedazo de sábana vieja. Con estas dos cosas hizo a su muñeca.

Al principio no era más que una especie de almohadita rellena de aserrín. Le hizo el cuello con un hilo que enrolló y anudó para separar la cabeza. Cortó el género debajo y lo cosió en dos funditas más chicas para formar las piernas.

Después, con la lapicera, pintó los ojos, la boca, la nariz y el pelo.

Formó los pies y les puso medias y zapatitos de cartón.



La camisita, el vestido y el sombrero son también obra suya. Todo está hecho por ella.

Por eso habrás notado que al decir Leonorcita "mi muñeca", lo dice en tono muy diferente al tuyo. Ella quiere expresar que no le han regalado la muñeca ya pronta; que se ha formado en sus manos, que ha nacido de su cariño.

¿Cuál es más madre, tú o ella? ¿Cuál ha puesto en la hijita más amor, más esmero y más ternura?

Leonorcita te considera más bien como una nodriza que se ha encargado de cuidar a una hija ajena. Por eso dice: "mi hija", y nunca dice "tu hija", sino "tu muñeca".

La suya es una hija verdadera. Ella le dió la vida. Se siente tan mamá que hasta le parece más linda que la tuya.

Y a mí me sucede que, mirando las dos muñecas, miro la de trapo con los ojos de la mamá y la encuentro más preciosa que todas las muñecas que hay en el mundo.



DE QUIEN DEPENDE TU FELICIDAD



ES verdad que cuando eras chiquitita tu felicidad dependía solamente de tus padres.

Ellos cuidaban de tu alimento y de tu abrigo. Ellos te protegían de la lluvia, del calor excesivo y de todos los peligros que te amenazaban.

Creciste y te enseñaron a caminar, a hablar, a comer y a vestirse por ti misma.

Luego te habilitaron para evitarte por ti misma los males. Te mostraron que el fuego quema; que el vidrio corta la piel; que si resbalas y caes te causas daño;

que se debe respirar por la nariz para que el aire llegue limpio y tibio a los pulmones; y muchas cosas más que te eran indispensables.

Ahora ya tienes once años y es oportuno que sepas que tu felicidad no dependerá siempre de tus padres.

Dependerá de ti misma.

Con tus pensamientos y tus actos decidirás de tu suerte.

Nadie quiere ser desgraciado; todos quieren ser dichosos.

Sobre esto no cabe duda.

Lo difícil es para muchos llegar a la felicidad.





Les es difícil porque equivocan el camino.

La felicidad es como una casa situada en medio del campo a la que convergen numerosos caminos.

Uno da tantas vueltas que quien viene por él no llega nunca.

Otro atraviesa un pantano. Los que lo eligen se meten en el lodo, y luchan con tremendas dificultades.

Otro sale a un ancho río sin puente. Es preciso saber nadar muy bien para cruzarlo.

Otro tiene una cuesta sumamente empinada. Los que la suben a costa de enormes esfuerzos resbalan y se deslizan hasta abajo muchas veces.

Otro da a intrincado bosque sin sendero, poblado de fieras y alimañas nocivas, por lo cual son raros los que no se desaniman y retroceden.

Sólo uno de los caminos es recto, llano, despejado, libre de peligros.

Este va derechamente hacia la casa de la felicidad.

Es el camino del trabajo, de la probidad, del bien y de la confianza en Dios.

Pero son numerosas las personas que van hacia la dicha por los otros caminos, y no llegan nunca a ella, o llegan demasiado tarde.

Prepárate, hija mía, para no dejarte ilusionar, para no engañarte tú misma.

Prepara tu cabeza para discernir entre lo verdadero y lo falso; acostumbra tu corazón a que se alegre con el bien y a dolerse con el mal; mantén limpia tu conciencia para que pueda recibir del cielo la luz de la sabiduría y de la paz íntima, que desciende hasta nosotros como la luz de las estrellas; disponte a ser toda entera útil a ti y a cuantos te rodeen.

Porque tú misma elegirás el camino y con tus propias fuerzas lo deberás recorrer.

La felicidad es aquello que nadie puede darnos.

Aquello que solamente uno mismo puede conquistar y retener.



MI QUERIDA CHICHITA:



EL dibujo que me mandas es bonito. Me gusta mucho que dibujes lo lo que ves.

Ayer vi un ranchito parecido al tuyo; pero tenía puerta.

Es verdad que el tuyo tiene una ventana grandota y bajita. Seguro que la gente para entrar salta por la ventana.

Tú saltarías con facilidad; pero la pobre Ana, que es viejecita y con la pierna enferma, se tendría que quedar fuera.

Por esto no le quise mostrar tu dibujo.

Se pondría triste y diría:

“Es muy lindo; pero Chichita no se ha acordado de mí... porque si no, le hubiera hecho una puerta.”

Entonces he pensado, mi querida Chichita, que me hagas otro ranchito igual que este, y con puerta.

Pero con ventana también; porque si uno, estando dentro, cierra la puerta y no tiene ventana, se queda a oscuras.

La puerta servirá para entrar y salir.



Por la ventana se podrá mirar el cielo, el campo, los árboles, los animales y aquellos palitos que pusiste y que a mí me parece que forman el corral de las lecheras o un gallinero.

Esto no importa, porque otra vez podrás poner dentro del corral las gallinas o las vacas.

Yo te pido todo más o menos así; pero que el rancho tenga puerta.

Es un ranchito muy lindo, como te digo, y te aseguro que si no estuviera muy lejos me gustaría vivir en él.

Está hecho por la manita de una niña tan buena, que yo creo que allí dentro me sentiría tan contento como un pajarito en su nido.

El rancho dibujado por ti es como un nidito hecho para mi alma.



TEMA DE COMPOSICION

CUALQUIERA de los dos asuntos que has elegido me parece muy bueno para la composición que te ha dado la maestra sobre "Un niño o una niña que merezca elogio".

Ese niño de nueve años, llegado del campo, que aprendió a leer en un mes, constituye un hermoso ejemplo de voluntad. No hay duda de que es inteligente; pero esto no basta para explicar lo que ha conseguido. Es preciso que sea un observador atento para distinguir, en tan breve término, las diferencias entre la forma de las letras y para recordar cómo se unen y pronuncian en las sílabas. Es preciso, también, que posea amor al trabajo, pues seguramente ha dedicado al aprendizaje varias horas de cada día. Me dices que para aprender más pronto copiaba cada letra, y que, hasta no saberla, no pasaba a otra. Esto significa que procedió con método y que fué venciendo las dificultades una por una.

Es claro que si hubiese querido aprender de golpe todas las letras se habría fatigado inútilmente.

Es un asunto muy adecuado para tu composición. Puedes explicar en sus detalles el procedimiento que siguió este



niño en el aprendizaje de la lectura y hacer resaltar sus cualidades, que son la explicación de su triunfo.

*

También me gusta mucho el asunto de Rosarito.



Es admirable que una niña de once años cuide a sus tres hermanitos cuando la mamá tiene que salir, y que los cuide con el esmero y el acierto que me dices.

Rosarito es una verdadera mamá en miniatura. Su prolijidad, su abnegación y su solicitud merecen todos los elogios.

Mientras desempeña las funciones de dueña de casa, se priva de

los juegos propios de su edad, y esto significa que su corazón es bondadoso y abnegado.

Procede, por lo que me cuentas, con la previsión y el tino de una persona mayor: esto demuestra que Rosarito es inteligente y sensata.

Además de todo eso, es evidente su profundo cariño a su mamá.

Es, pues, la tal Rosarito una encantadora niña, llena de atractivos y de merecimientos.

Si relatas con naturalidad y sencillez los cuidados y desvelos que prodiga a sus hermanitos, si anotas las cualidades que tanto honran y embellecen a esta niña, espero que tu composición agradará a tu maestra.



¿SE LO DIRAS O NO SE LO DIRAS?

EL caso, sin duda, es serio; pero es peor complicarlo todavía más con la mentira.

Tu mamá tiene razones muy serias para prohibirte ir a ninguna parte cuando sales de la escuela. Una de las peores cosas que podías haber hecho es aceptar esa invitación inoportuna de tus amiguitas para ir al cine.

Aparte de lo impropio de modificar por tu sola voluntad el camino de regreso a tu casa, tienes que considerar que todas las cosas son buenas o malas para cada persona, para cada edad y según otras muchas circunstancias, y que tú no eres aún capaz de discernir entre lo bueno y lo malo.

Es bueno correr; pero no es bueno correr hasta caerse de cansancio, en seguida de haber comido, por un terreno lleno de pozos, o con calzado excesivamente holgado o excesivamente estrecho.

Es bueno beber agua; pero no es bueno exagerar la cantidad, ni be-





berla helada o cuando se ignora si es potable y libre de gérmenes infecciosos.

Igualmente puedes razonar respecto a todas las cosas, y te convencerás de que te es indispensable que te guíen y te aconsejen para distinguir lo bueno de lo malo y evitarte las dolorosas consecuencias de una equivocación.

El cine es, forzosamente, bueno o malo para ti según

el tiempo que permanezcas allí encerrada, la clase de vistas y la hora en que concurras.

Pueden ser vistas excelentes para ti; pero no convenirte ir a verlas, por ser la hora perjudicial para tu salud y privarte de la cantidad de sueño que exige tu desarrollo.

Pueden ser vistas adecuadas para personas mayores y grandemente perjudiciales para una niña. Esto es tan evidente que tú lo comprenderás con facilidad si observas la diferencia de los trabajos y los entretenimientos entre los adultos y los niños. Un niño no puede ser médico, ni gerente de una casa de comercio, ni motorman, ni estibador del puerto. Una señora no juega a las muñecas. Un anciano no jue-



ga al fútbol. Estos ejemplos demuestran que cada edad tiene sus aptitudes y sus distracciones.

Una niña como tú que fuera al cine a ver vistas preparadas para personas mayores, haría el mismo feísimo papel que si las personas mayores se pasaran la tarde haciendo rodar el aro o cantando en la acera aquello de

*Buenos días, Su Señoría,
mantan... tiru... tiru... la.
¿Qué quería, Su Señoría?,
mantan... tiru... tiru... la.*

*

Pero, ahora, lo que te preocupa, no es saber si hiciste mal en ir al cine, pues de ello no cabe la menor duda. La cuestión es si se lo dices o no se lo dices a tu mamá.

Yo te aconsejo, mi querida Mangacha, que no agregues otra mala acción a la que ya cometiste.

Tu falta, oculta o no, existe lo mismo. Sería mucho más penosa si tu madre la conociese por alguna otra persona. Evítale, siquiera, esta amargura.

Como tú procediste sin malicia, sin reflexión, con el inocente propósito de divertirte y tu arrepentimiento muestra con toda claridad que en ti no existe culpa, sino precipitación, lo mejor es que le escribas a tu mamá una carta bien larga explicándole todo y declarándole que nunca más harás nada parecido.

Es necesario que en tu carta demuestres el convencimiento de que has procedido mal, y cuáles son los motivos que te obligan a pensar en esta forma.

De tal manera, tu mamá comprenderá que mereces su disculpa y tendrá la certeza de que el hecho no habrá de repetirse.

Lo pasado ya no tiene remedio.

Lo importante es que con tus juiciosas reflexiones la dejes perfectamente convencida de que no incurrirás en lo futuro en una parecida ligereza.



LA CUESTION DEL CRISTAL ROTO



TE han dicho malo porque rompiste un cristal de la ventana con la pelota.

Reconozcamos, desde luego, que has cometido un hecho lamentable. Hubiera sido fácil evitarlo, buscando para jugar sitio adecuado. Pero, indudablemente, no sabías que no se debe arrojar la pelota donde pueda perjudicar objetos o lastimar a personas.

Así nos ocurre a todos en la vida. Por ignorancia, ocasionamos daño a las cosas y a los seres.

Una vez me regalaron un pajarito que no era capaz de alimentarse solo. Abría el pico y piaba con tanta hambre que me quería tragar el dedo. Comencé a darle miguitas de pan. Parecía que le en seguida y

gustaban mucho. Las tragaba abría de nuevo el pico pidiendo más. Era fácil complacerlo. Mientras siguió abriendo el pico, seguí dándole miguitas de pan... Por fin se quedó tranquilo y acurrucado en su nido...

Al otro día, el pajarito estaba muerto.

¿Era por maldad que yo lo había matado, o por ignorancia?

Si en vez de ponerme a alimentarlo con lo primero que se me ocurrió, hubiera preguntado a los que saben, el pajarito se





salva de aquella espantosa indigestión que le costó la vida.

¿Acaso los pájaros fabrican pan para alimentar a sus hijuelos?...

Los alimentan con bichitos, con larvas de insectos y con ciertas semillas silvestres.

Procedió con acierto una señora, a la cual su jardinero le trajo tres pajaritos en el nido. Colocó todo en una jaula y la colgó en el mismo árbol donde estuvo el nido.

Los padres buscaban a sus hijos piando desesperadamente. Después de un rato, los chiquitos comenzaron a piar también y los padres los vieron. Se aproximaron a la jaula y recorrieron cada uno de los alam-

bres para allegarse al nido. Comprobaron que era imposible; pero no podían dudar de que aquellos eran los hijitos y que les pedían alimento. Fueron, pues, en su busca y empezaron a ponerles comida en el pico, a través de los alambres.

Al obscurecer, la señora llevaba la jaula a una habitación y abrigaba con esmero a los pequeños.

Los tres se criaron admirablemente.

Mejor todavía procedió otra señora, a la cual le trajeron un pajarito sacado del nido. Lo hizo poner de nuevo en su cuna, porque, según dijo, era más grande para ella que el placer de tenerlo, el de restituirselo a sus padres.

La verdad es que cuando no sabemos una cosa la hacemos mal; pero esto no significa que uno sea malo.

Un aprendiz de carpintero, por ejemplo, no sabe serruchar una madera, ni cepillarla como es debido, ni siquiera meter un clavo derecho con tres golpes, como lo hace el maestro. Ello no significa que el aprendiz sea una mala persona. Significa que es todavía un mal carpintero.



Tú eres un chambón con la pelota; puesto que no sabes aún elegir el sitio adecuado para jugar con ella, o calculas pésimamente la distancia o la fuerza del rebote.

Pero ello no demuestra que sean malos tus sentimientos.

Nadie tiene derecho para decirte que eres malo porque rompiste el cristal.

Tú y yo estamos seguros de que eres bueno.

Yo sé con toda certeza que eres bueno y que quieres ser más bueno cada día.

A veces no entiendes; a veces olvidas; a veces no puedes... ¡Qué locura

para pensar que haces lo malo por gusto!... ¡Tú, que tanto deseas ser querido por todos!

Alegra, hijito mío, con tu ternura a tus padres. Corre a besar a tu madre, si ya no lo hiciste hoy. No digas cosas inútiles. No disgustes a alguien.

El bueno como tú es bueno en todas partes; con todas las personas; también con los animales y las cosas.

Tú serás uno de los que aumentarán la verdadera riqueza de la patria, con la nobleza de tu alma, con tus ideas y tus sentimientos puros.

No es para mí, por cierto, que te pido que valgas cada vez más. Cuando seas grande comprenderás que no te engaño. Te sentirás tan contento y tan dichoso que me lo querrás decir. Yo ya, probablemente, no podré escucharte.

Pero se lo dirás a otro chiquito, para que él también aprenda lo lindo que es ser bueno.



LA MAESTRA NO LA QUIERE

TU carta me ha puesto triste. Es una pena, sin duda, que una niña tan buena se encuentre en una situación como la tuya y que hasta piense en no ir más al colegio. Pero en tu misma carta hallo las causas de tu preocupación y el remedio de tu pena.

Ya sé por qué te parece que la maestra no te quiere.

Ella, "a Lolita", la quiere. A la que no quiere es a una niña que se sienta en su sitio y se pone a cantar, y derrama la tinta, y les arroja pelotitas de papel a las compañeras. Es una mala alumna. Menosprecia los esfuerzos de la maestra; perjudica a las compañeras, porque las distrae; malgasta tontamente las horas dedicadas al estudio.

¡Qué chica!; ¿eh? Claro que la maestra se ha cansado de aconsejarle, de exhortarla y de pedirle que sea buena.

Por eso es que le ha dicho el sábado que no la quiere.

Pero ahora no tienes por qué preocuparte.

Mañana, vas, y le dices:

—Señorita: yo nunca más la fastidiaré cuando usted nos enseña... Yo deseo ser una alumna digna de una maestra como usted... Perdóneme si fui mala, señorita, y deme un beso delante de la clase... ¡para que todas sepan que a mí también me quiere!

¡Verás con qué alegría y con qué ternura te besa tu maestra!



LO DIFICIL NO ES DIFICIL

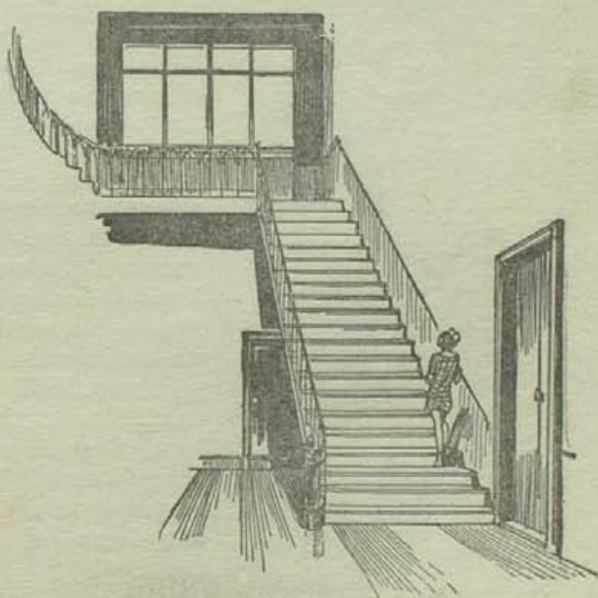
NO dudo de que, a primera vista, lo que te propones aprender es difícil; pero, a mí me parece que todo depende de la manera cómo consideres y venzas la dificultad.

Supongamos que has de subir una escalera. No pretenderás llegar arriba de un salto, ¿verdad? Subirás, primeramente, un escalón; después, otro... Aunque sean cien o doscientos escalones, te tomarás el tiempo y los descansos necesarios, y conseguirás subirlos.

¿Cómo crees que un albañil construye una pared? Colocando cada día los ladrillos que puede, uno por uno, y lentamente la pared se levanta. Es claro que si pretendiera construirla toda de un golpe renunciaría desalentado a realizar tal obra.

Habrás oído, más de una vez, que algunas personas vinieron a pie hasta Buenos Aires, desde Mar del Plata o desde Mendoza. ¿No te parece que es difícil?

Así como la escalera se divide en escalones y la pared en ladrillos, el camino se convierte en caminitos, o sea en kilómetros, y los kilómetros, en pasos.



Cualquier persona sana puede caminar, sin fatiga, veinte kilómetros cada veinticuatro horas: los cuatrocientos kilómetros que separan a Mar del Plata de Buenos Aires los andará cómodamente en veinte días.

No diremos, pues, que es difícil venir a pie desde allí, sin preguntar, ante todo, de cuánto tiempo se dispone. Hemos supuesto una marcha de veinte kilómetros, que se realiza en cuatro o cinco horas. Otros necesitarán más tiempo; pero, muchísimas personas harían el recorrido en diez días, con una marcha de cuarenta kilómetros diarios,

mitad en la mañana y mitad en la tarde.

Si se considera lo que significa un paso sobre

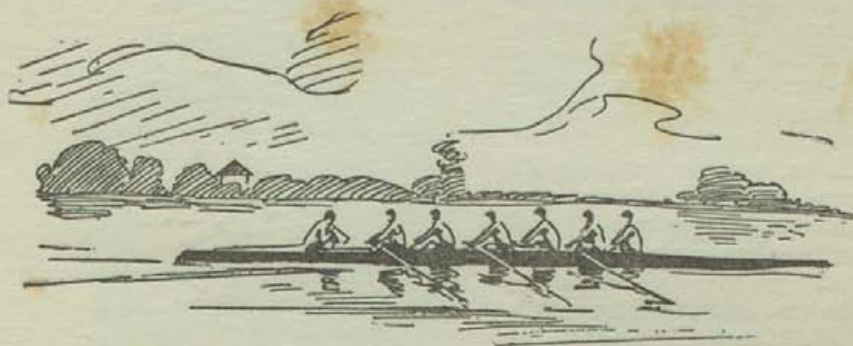
un camino de cuatrocientos kilómetros, parecerá ardua empresa recorrerlos a pie; no obstante, la única dificultad consistirá en el tiempo disponible. A medida que se aumenten los días destinados a la prueba, ésta será más fácil. Lo mismo ocurre con todo.

¿Qué es un minuto, una letra, una gota de agua? Y los siglos están formados de minutos; de letras, las magnas obras del saber humano; gotas de agua forman el inmenso océano.

Una puntada de aguja es el comienzo de un vestido; otra puntada lo



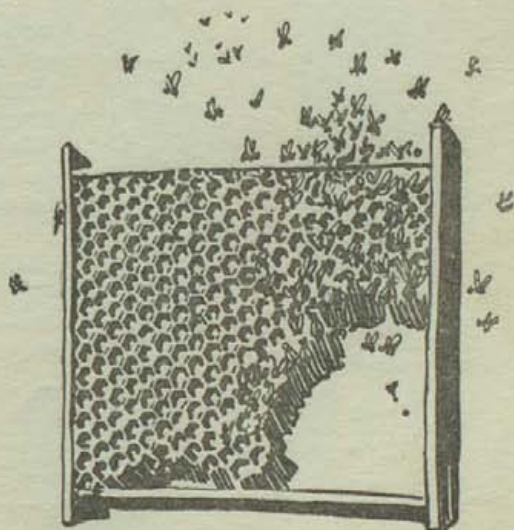
termina. Un punto hecho con la aguja de tejer señala el nacimiento de un gran tejido de lana, que no es, en definitiva, más que una cantidad inmensa de puntos pacientemente ejecutados de acuerdo con



un plan. Por poco activa que sea una señora, y por poco tiempo que dedique a la tarea, no hay duda de que una vez iniciada la labor, la terminará por fin, siempre que destine a ella un rato de cada día.

Ante la distancia que recorren habitualmente los remeros, ¿qué es un golpe de remo? Algo insignificante, sin duda. Perseveran en remar; millares de veces hunden los remos en el agua, y el bote avanza millares de metros en un tiempo relativamente breve.

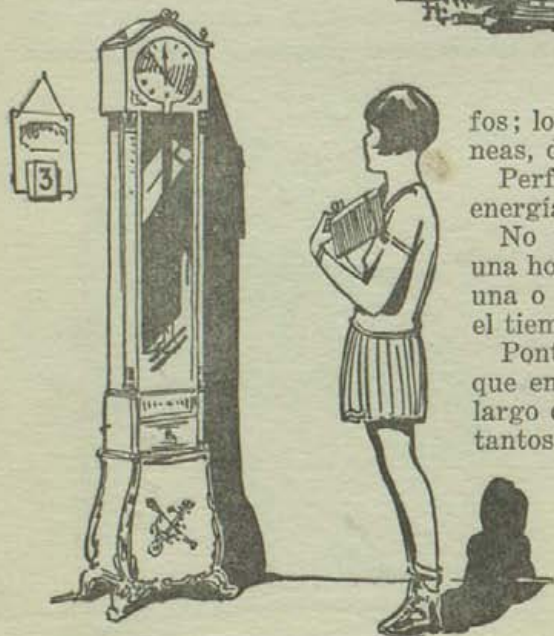
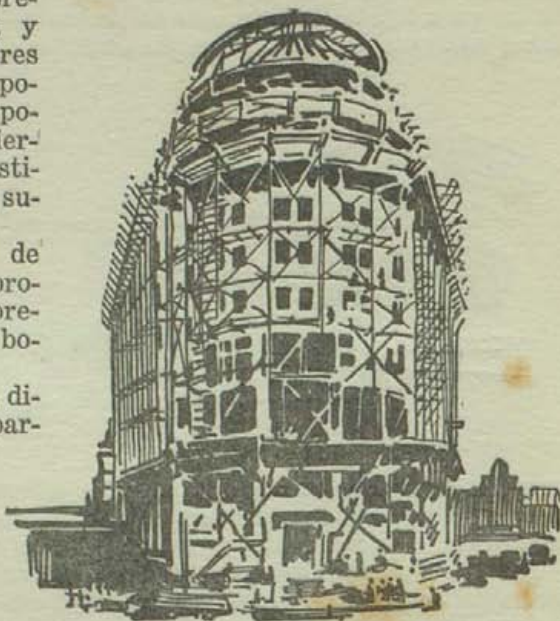
Las maravillas que contemplamos en el mundo son el resultado de un gran número de cosas diminutas, o de la actividad de ínfimos seres, o de pequeños esfuerzos acumulados. Una montaña de arena es el conjunto de granitos de arena; un panal es la obra de millares de trabajadores; una ciudad es la suma de incalculable número de esfuerzos.



Un poquito cada día representa trescientos sesenta y cinco poquitos en un año; tres mil seiscientos cincuenta poquitos en diez años. Estos poquitos, acumulados con acierto y con inteligencia, constituyen, finalmente, algo de suma importancia.

Si en vez de tratarse de aprender, te hubieras propuesto comer un pan, ¿pretenderías tragarlo de un bocado?

Lo que deseas saber es divisible. Consta de tantas partes; cada parte se compone de páginas; las páginas constan de párra-



fos; los párrafos, de líneas; las líneas, de palabras.

Perfectamente. También tus energías y tu tiempo son divisibles.

No podrás aprenderlo todo en una hora o en un día. Le dedicarás una o dos horas cada día durante el tiempo que sea necesario.

Ponte, pues, a la obra, como el que emprende la marcha sobre un largo camino, paso a paso; avanza tantos pasos por jornada, y, sin sufrimiento ni fatiga, llegarás adonde quieres.

La escalera es de trescientos escalones. Aunque tuviera mil, sería para ti lo mismo; lo mismo la subi-

rías, ascendiendo tranquila y firmemente cierto número de escalones cada día.

Nunca, querida Susy, ante cualquier tarea, supongas la dificultad sin conocer el tiempo de que dispones para realizarla.

Si es difícil la obra en cuatro horas seguidas, será sumamente fácil en cuatro horas distribuidas en otros cuatro días. Si aun así te fatigara, repártela en ocho días, y la terminarás sin la menor molestia.

Desde hoy puedes pensar, sin temor a equivocarte, que toda tarea adecuada a tus energías te será fácil, siempre que dispongas del tiempo necesario.



DIEZ COSAS IMPORTANTES

QUIERO felicitarte. En los días que en la playa tuve la oportunidad de verte con alguna frecuencia, experimenté un verdadero placer al comprobar que sabes, por lo menos, diez cosas esenciales para la felicidad. A los diez años, posees, en tal forma, un tesoro valioso, cuyos beneficios disfrutarás durante toda tu existencia.

Voy a enumerar las cosas que sabes:

1ª - *Mirar de frente, con sinceridad y con nobleza.*

NO todas las personas miran así. Hay quienes, sin mover la cabeza, o manteniéndola baja, fijan la vista en la persona que les habla. Hay quienes miran de soslayo, con una especie de chocante malicia. Hay quienes, al mirar, entornan los párpados, como si quisieran disimular lo que piensan.

La persona franca, leal, de honradas intenciones, mira como tú: de frente, sin soberbia, sin timidez, sin picardía.

Los seres extraviados o pervertidos revelan en la mirada la enfermedad moral de que padecen. Los seres humillados, por la violencia miran como los perros.

Bien se dice que en los ojos se asoma nuestra alma.

¡Ojalá todos los niños y todos los hombres miraran como tú, con un alma sana y buena!



2ª - Caminar derecho.

MUY distinta es la impresión que causa una persona que camina con la columna vertebral derecha, la cabeza erguida, los brazos naturalmente caídos, las piernas rectas, flexibles y ágiles, y quien camina encorvado, arrastrando los pies y amenazando con los codos a los transeuntes.

En los primeros años de nuestra vida es sumamente fácil adquirir la costumbre de estar de pie y a plomo sobre las piernas, sin echar hacia afuera el vientre, sin inclinarse a un lado. También es fácil sentarse e inclinar el cuerpo manteniendo las vértebras derechas.

En la edad adulta, los músculos y los huesos han adquirido ya las posturas viciosas y el vientre se agranda cada vez más por el pésimo hábito de empujarlo hacia afuera al ponerse de pie y al caminar. Muchas personas lamentan, entonces, poseer una figura ridícula y procuran corregirla.

Sólo lo consiguen parcialmente y a costa de grandes esfuerzos.



3ª - Pensar antes de hablar.

EN varias oportunidades, te hice preguntas o te expuse mis dudas, con el objeto de provocar una contestación tuya precipitada, o impropia. Declaro que no pude conseguirlo.

Me oías; me mirabas; callabas, y después de comprender bien mi pregunta y pensar el tiempo necesario, contestabas.

Esto es, a tu edad, digno de elogio.

Precisamente, uno de aquellos días me encontré con otro niño.

—¿Vino contigo aquel chiquito?
— le pregunté, refiriéndome a uno que, al parecer, estaba solo.

—Yo creo que es del vigilante
— me contestó.



Lo interrogaba sobre el niño: me contestaba sobre un perro: por consiguiente, no había escuchado mi pregunta.

El perro seguía a un hombre que se alejaba. Si está prohibido traer perros a la playa, en ningún caso sería del vigilante, que es el encargado de hacer cumplir tal orden. El interrogado, pues, tampoco había pensado en lo que contestaba.

Grandes errores, disgustos, discusiones e inconvenientes de todo orden provienen justamente de la malísima costumbre de no saber escuchar y de no detenerse a pensar antes de contestar.



4ª - *Hablar y no charlar.*

UNA cosa es hablar; esto es agradable, necesario y útil; otra cosa es charlar, gastar el tiempo y las energías sin ton ni son.

Quien se limita a hablar, como tú, dice:

"Vine con papá para bañarme".

El charlatán dirá lo mismo en esta forma:

"¿Sabe una cosa? No vengo solo, ¿eh? Nunca vengo solo. Siempre vengo con mi papá. Siempre no, porque a veces él viene más tarde y entonces

vengo con mamá. Mamá hoy se quedó en cama porque le dolía un poco la cabeza. Es porque ayer comió una cosa, ¿sabe?... Una cosa que le hace mal... estéééé... ¡raviolos!... A mí no me gustan los raviolos. Estéééé... Ahora me voy a poner el traje de baño... Tengo dos... El otro está roto..."

Y todavía continuará diciendo cosas que nadie le ha preguntado o que a nadie interesan. Lo más probable es que quien lo oye se despidiera de él dejándolo sin terminar su cháchara.



5ª - *Hablar y no gritar.*

QUIZAS ellos no tengan la culpa; quizás lo hacen involuntariamente; quizás suponen que es la única manera de que se les escuche; pero lo cierto es, mi querido Marianito, que son muchos los niños y las niñas que, en lugar de hablar, gritan, y tan fea costumbre atormenta inútilmente los oídos.

Es probable que, como son chicos, los asalte el temor de que los grandes no les hagan caso.

Lo cierto es que lo más importante de la vida se dice en voz baja. En voz pausada y suave hablan las personas cultas.

Tan impropios y chocantes son los gritos que cuando se habla demasiado fuerte en alguna reunión se dice:

—¡Parece una taberna!...

Es, además, sabido que, cuanto más ignorante, menos razonable, menos verídica, menos sincera y recta es una persona, más grita para imponerse a los demás. En cambio, el que dice

la verdad, el que habla con sinceridad y con justicia, no necesita gritar: habla con voz natural, con sencillez y con aplomo.

Tú hablas: no mortificas con tus gritos a los demás. Es algo que se estima y se agradece.

6ª - *Hablar con voz agradable.*

NO solamente no vociferas, ni ladras, ni das alaridos y chillidos; sabes hablar; sabes emitir la voz con naturalidad.

¡Qué detalle importante, hermoso y útil!

El impulso para la voz nace en el pecho; adquiere sus matices en las cuerdas vocales y debe salir directamente de la boca.

En cambio, ¡cuántas rarezas y cuántas anomalías observamos al oír hablar a ciertas personas!... Unas, cuando la voz va a salir,



parece que apretaran la garganta; otras, parece que quieren hablar por la nariz y hacen el efecto de que tienen en el paladar una armónica descompuesta.

Conocí a un señor de oído fino y delicado que cuando oía por teléfono alguna de esas voces estranguladas o que atropellan por las narices, en vez de decir: "¿Quién habla?", preguntaba:

—¿Quién ladra?



Y en ciertos casos, evitó el fastidio de discusiones en las que, a juzgar por los ruidos, intervenían numerosos irracionales, exclamando:

—Pero, ¿por qué "ladran" así?... ¡Vamos a ver!... — consiguiendo que la ruidosa algarabía terminara alegremente. Porque es verdad que, en ciertos casos, las discusiones son tan destempladas que se diría que las personas no solamente ladran, sino que también cacarean, rebuznan, graznan, chillan, berrean, bufan, gruñen, maúllan, braman y hasta rugen.

Una voz agradable es una cualidad valiosa en hombre y en mujer.

El tono y el timbre de la voz tienen gran influencia para convencer de la sinceridad de la palabra.

Una voz incorrecta, débil, falsa, desfigurada, o inapropiada para el sexo, la edad o la talla, constituye un verdadero defecto.

Una linda voz es, como tantas otras cosas, uno de los tesoros que cuando se es niño puede obtenerse con poquito esfuerzo.

¡Uno de los tesoros que absolutamente todos los niños debieran adquirir!

7ª - *Cuál es la mejor bebida.*

ES vergonzosa para el ser humano la ignorancia respecto a la bebida más conveniente, cosa que saben todos los animales.

La curiosidad o el prurito de buscar placeres artificiosos induce frecuentemente al hombre a envenenarse en vez de aplacar simplemente su sed con agua pura, que es la bebida que nos brinda la naturaleza.

Numerosas personas se enferman por el olvido de una verdad tan evidente.

Probemos hacerle substituir el agua por el café, el vino o los licores, a un pájaro, a una oveja, a un caballo o a un perro. El animal se resistirá; pero si lo forzamos a ello, enfermará.

Exactamente lo mismo les sucede a las personas.

La inteligencia lo hace superior al hombre en la vida moral; pero no lo exime de cumplir las leyes naturales. Su organismo se halla sometido a ellas, y es una temeridad pretender cambiarlas a su capricho.

He visto que tú lo sabes, pues cuando sentías sed no aceptabas ninguna otra bebida más que agua pura, y al preguntarte yo la razón de tu preferencia me contestaste:

—Porque es lo único que se debe beber cuando uno está sano.

8ª - *Comer y no tragar.*

EL comer y el tragar son actos fisiológicos completamente distintos.

Un médico que fué llamado para atender a un niño enfermo dijo:

—Este niño está enfermo porque no come.



—¡Doctor! — exclamó la mamá, muy sorprendida. — Se ve que usted no lo ha visto nunca en la mesa: es un tragón terrible.

—Eso no significa comer, señora. Su niño tragará mucho; pero yo le aseguro que no come, y no come porque no sabe comer. Los alimentos pasan del plato directamente a su estómago, como si no tuviera boca, ni lengua, paladar y mejillas para deglutirlos, ni dientes y muelas para masticarlos, ni glándulas salivares para empapar de saliva cada bocado, como es indispensable... Tanto valdría que colocásemos un tubo desde la fuente a su estómago y vertiéramos todo allí dentro, tal como viene desde la cocina... Nunca está sano su hijo; nunca, tampoco, gozará de salud, si no se corrige de tan peligrosa costumbre.

Y dirigiéndose al enfermo, le preguntó:

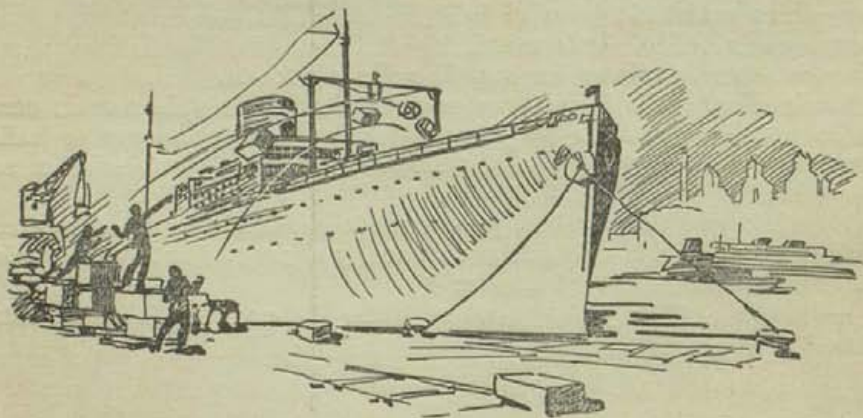
—Dime, Piruco: ¿cuántas veces masticas tú cada bocado?...

—Yo no sé — contestó el niño. — No me he fijado.

—¿Verdad que tú tragas ligerito todo lo del plato y en seguida pides más?

Piruco se sonrió sin contestar. Pero la madre dijo:

—Así es, doctor; así, como usted dice. Siempre tiene hambre.



—Y siempre — exclamó el médico — sentirá la necesidad de tragar alimentos, porque los alimentos que ingiere no lo nutren. Ese modo de tragar sólo es posible en los animales carnívoros, como el perro, que poseen jugos gástricos adecuados; pero el ser humano no puede,

sin enfermarse, hacer lo mismo. Hay que acostumbrar a Piruco a masticar perfectamente cada bocado... La verdadera digestión se hace en la boca.

Tú no necesitarías, por cierto, que el médico te dijera eso, y estás libre, por consiguiente, de muchas molestias y muchas enfermedades causadas por un olvido tan funesto.



Tú no arrojas a ciegas desde la dársena a la bodega del buque las mercaderías: las acomodas bien, con calma y prolijidad, como un estibador concienzudo.

Tú no tiras desde la puerta de calle los muebles nuevos adentro, como si fueran adoquines. Entrás uno por uno, despacio, con prolijidad, y los dejas bien arregladitos cada cual en su sitio.

Tú no maltratas tu estómago, cargándolo de cosas indigestas, que bajan en malas condiciones, atropellándose sin tino, y van allí a producir — en vez de una digestión normal — una perturbación en la ímproba tarea de los órganos encargados de asegurarnos la salud.

9ª - *Es necesario aspirar siempre aire puro.*

ES posible vivir muchos días sin comer, sin dormir y hasta sin beber; pero no puede resistirse más que pocos minutos sin respirar. Ello significa que la respiración es la función primordial de nuestra vida.

La sangre llega impura a los pulmones: aspiramos aire puro, y la sangre, en contacto con él, se purifica de inmediato. De este modo es que no perecemos por envenenamiento.

Basta recordar esto para comprender la imperiosa necesidad de aspirar aire puro.



Si el aire que llega a los pulmones es sucio, sucede que la sangre no se purifica y el organismo comienza a debilitarse por envenenamiento. Muchas personas mueren nada más que por esto. Otras viven penosamente porque la limpieza de la sangre en un aire viciado se realiza con suma dificultad.

Es realmente singular que algunas personas se preocupen tanto de no beber agua impura y que, en cambio, no se fijen en el aire que respiran. El aire penetra lo mismo que el agua en nuestro organismo y su pureza es de enorme importancia para la salud.

Yo no sé si tú sabes todo esto; pero he visto que no te gusta estar en locales cerrados, con humo de tabaco, por ejemplo, y al preguntarte por qué, me contestaste que era "porque ese aire no servía para respirar".

Y 10ª cosa que sabes. Respirar.

QUIEN se sorprenda de que te elogie por saber respirar... , seguramente, no sabe respirar.

Los pulmones son una especie de sacos, bastante grandes. Una persona adulta puede aspirar en una sola vez, dos, tres, cuatro y hasta cinco y seis litros de aire.



No es lo mismo aspirar, por ejemplo, la dosis de aire que corresponde a un pajarito y expulsarla, que hacer como tú, que aspiras lentamente más de un litro de aire en cada aspiración y luego lo despides con igual tranquilidad. De este modo, tus pulmones casi se llenan de aire, todas sus células trabajan, todo tu cuerpo se vigoriza y marcha con el ritmo de la más espléndida salud.

Respirar sólo con una parte ínfima de los pulmones, como hacen muchos, es condenar a la ociosidad y a los peligros consi-

guientes a una gran parte de las células pulmonares, es empobrecer la sangre, es trastornar el equilibrio maravilloso de la vida orgánica... Es lo mismo que masticar con dos dientes cuando se tiene la dentadura completa, o cubrirse un ojo sano con una venda para ver con uno solo; o empeñarse en andar a saltos con una sola pierna, llevando la otra encogida hasta que quede inservible.



Estas diez cosas son cosas muy sabidas... que no saben, frecuentemente, los mismos que dicen que son sabidas...

Prueban tal ignorancia los innumerables sufrimientos de la humanidad, pues hay muchas enfermedades que pueden evitarse respetando la higiene.

Tus buenas costumbres honran altamente a tus padres, y quiero que en mi nombre los felicites.

Tú mereces elogio por haber recogido sus sabias enseñanzas, con atención y firme voluntad.

Con estas armas, irás lejos; te perfeccionarás cuanto es posible, y llegarás adonde quieras.

Cuando seas grande, Marianito, diles a todos los niños que ellos pueden saber lo que tú sabes... ¡Diles cómo se hace, para ser sanos y fuertes, puros de cuerpo y de alma, como tú!



UN PUENTE GIRATORIO

ME alegro de que te haya gustado la explicación que te mandé sobre el trabajo de las grúas en las dársenas.

Efectivamente; hay muchas cosas interesantes en el puerto, y no es posible que las conozcan quienes viven como tú en el campo, si no se les muestra debidamente los detalles.

Procuraré satisfacer tu curiosidad respecto a los puentes giratorios que existen en el puerto.

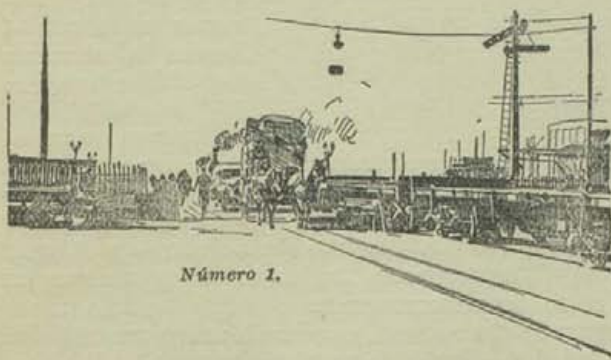
En la figura número 1 puedes observar el puente giratorio

que hay en la calle Viamonte. Su piso es de madera y tiene barandas de barrotos de hierro.

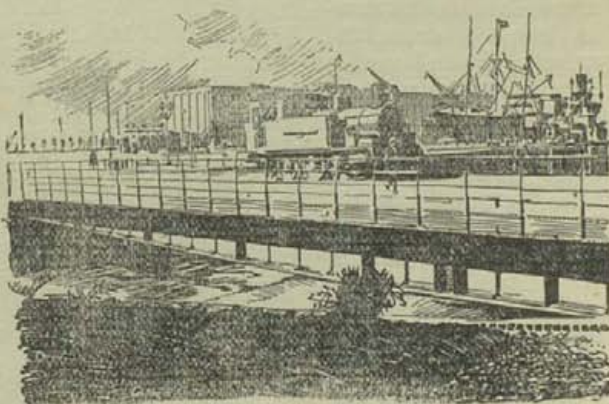
Pasan por él los peatones y toda clase de vehículos.

En el dibujo número 2 observarás el costado del mismo puente, con sus grandes vigas de hierro. La resistencia es grande. Continuamente circula por allí el ferrocarril del puerto.

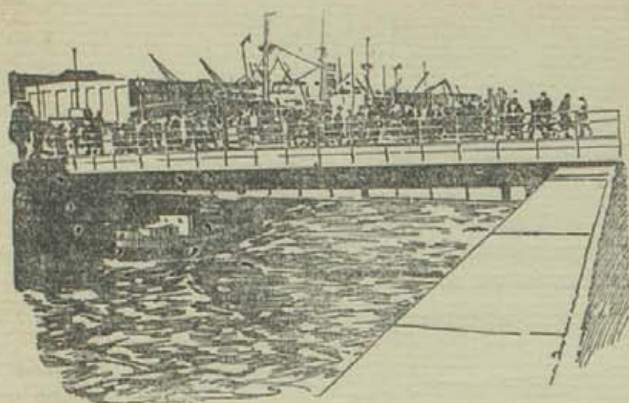
Las pequeñas embarcaciones, como los botes y algunos remolcadores, pasan por debajo del puente sin dificultad. Si poseen chimenea, se les



Número 1.



Número 2.



Número 3.

baja, como se ha procedido con el remolcador que aparece en el dibujo número 3.

El dibujo número 4 muestra el momento en que se comienza a hacer girar el puente para permitir el acceso de un gran vapor al dique 4 desde la dársena norte. Ese vapor es el "Boswell".

Avanza ayudado por dos remolcadores: uno a proa, otro a popa. El remolcador de popa es igual al que va adelante; pero no se ve porque está oculto por el vapor. Los remolcadores son indispensables para que navegue una embarcación grande por un cauce tan estrecho sin desviarse y golpear a derecha o a izquierda. Ellos tironean de los cables y obligan al gigante a navegar con la necesaria corrección.

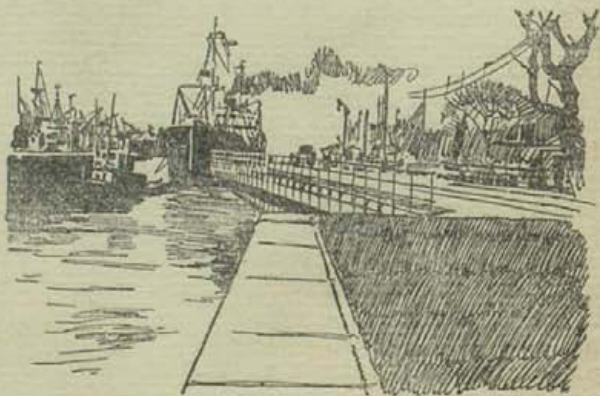
En breve tiempo, el puente desaparece, quedando sobre un costado.

A veces se abre el puente para dar paso a un solo vapor; otras veces son varios los que aguardan turno para entrar en los diques.

Una vez que los buques han pasado, el puente torna a cerrarse.

El público, que aguarda este momento, inicia el cruce del mismo. Por el centro atraviesan los vehículos.

Ya ves cómo es posible disponer de puentes firmes y sólidos que desaparecen muchas veces al día para dar paso a las embarcaciones que llegan de todas las partes del mundo al puerto de Buenos Aires.



Número 4.

¿CUANTO SON CINCO PESOS?

AYER, cuando dijeron que ya no caminaba la locomotora que te regalaron, exclamaste:

—Tanta historia... y total, ¡no costó más que cinco pesos!...

A mí me gustaba mucho la locomotora. Caminaba como una verdadera. Debajo del depósito del agua, se pone el calentador con un poquito de alcohol. Cuando el agua hierve, viene el vapor por unos tubitos y al hacer fuerza para salir mueve los pistones, con cuyo impulso giran las ruedas. Al girar las



ruedas, camina la locomotora, que es bastante pesada, y a más de su peso arrastra los tres vagones con la carga.

Es decir, ya no sucede nada de eso; ya no arrastra nada, ya no camina más; porque pusiste demasiado fuego, te olvidaste de que el depósito del agua estaba seco y el mecanismo entero ha sido destruido por una temperatura demasiado alta.

Fuiste, Pituco, un pésimo maquinista. Si te confían la locomotora de un tren grande, con seguridad no llegas a destino; probablemente, ocasionas con tu descuido la explosión de la caldera y el incendio del tren.

¡Menos mal que este primer ensayo lo hiciste con una locomotora de juguete!

Ahora pondrás más cuidado.

Poco a poco, aprenderás a manejar con atención y con prolijidad las cosas chicas. Después, cuando seas grande, manejarás lo mismo las cosas grandes.



Pero hay algo más importante todavía para tu experiencia de la vida y es la equivocada opinión tuya sobre el dinero.

—... y total, ¡no costó más que cinco pesos!...

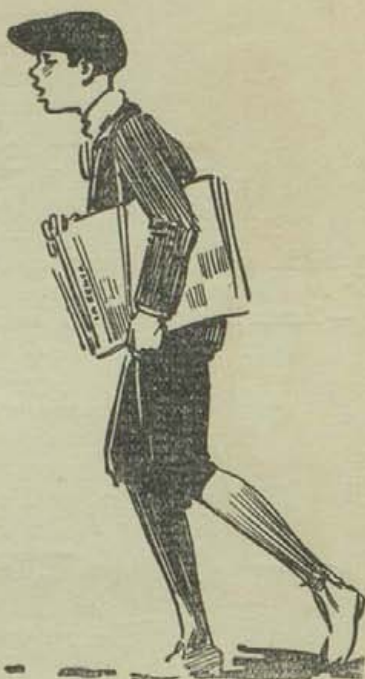
Esto parece indicar que tal suma es una bicoca... ¡No has reflexionado sobre la cantidad de alimentos y de cosas útiles que en un hogar modesto puede adquirirse con esos cinco pesos!

Haz la prueba de ganarlos, y verás lo que significan. Porque mientras no realices el trabajo necesario para obtenerlos te será un poco difícil apreciar dicha suma en su justo valor.

Elijamos tareas que realizan niños. Supongamos que te dedicas a vender diarios y que compras cincuenta diarios de la mañana a cuatro o a cinco centavos cada uno. Para venderlos a diez centavos, será preciso que camines durante horas y que encuentres a

los compradores entre centenares o millares de personas. Tu ganancia no alcanzará más que a dos o tres pesos, si tienes la suerte de venderlos todos.

Conozco a un niño que se quedó sin padre a los diez años. Su mamá trabaja de lavandera. Tiene tres hermanitos más chicos. Este niño va, por la mañana, a la escuela, y después de almorzar sale a trabajar de lustrabotas, para ayudar a su mamá. Yo lo he visto regresar a su casa a las nueve de la noche. Después de andar ocho horas con su cajoncito al hombro, de arrodillarse en las aceras y de mover ágilmente con sus pequeñas manos los pesados cepillos, sólo consigue reunir un peso por día. A veces gana hasta dos pesos; pero otras veces vuelve con sesenta u ochenta centavos, nada más.





Para reunir cinco pesos necesita este niño una semana de penosa tarea. El otro día lo encontré cuando volvía a su casa. Iba con frío, mojado por la lluvia, con la cara y las manitas ennegrecidas. Le regalé un peso y al darme las gracias se le llenaron los ojos de lágrimas.

No está bien que los niños trabajen por el lucro. Es preferible que empleen los años de la infancia en prepararse para cumplir debidamente su misión en la edad adulta.

Te invito a que observemos a los hombres que trabajan en el puerto. Fíjate en los que bajan cajones de los buques o en los que llevan bolsas llenas de trigo o de maíz a la bodega. Para ponerse cada carga al hombro realizan un esfuerzo; luego marchan con ella; después se inclinan para dejarla en donde corresponde... Han de persistir durante horas en la pesada tarea para ganar cinco pesos.

Aquellos otros hombres encorvados bajo el sol ardiente en medio de la calle. quitan los adoquines viejos y colocan otros nuevos. Están renovando parte del pavimento

destruido. Agachados así, sus brazos se mueven de continuo, ya para retirar o asentar los adoquines, ya para golpear con el martillo... Para ganar cinco pesos, permanecen durante ocho horas en esa violenta posición, en la que agotan sus energías.

En aquella gran excavación, a tres metros de profundidad bajo el nivel del suelo, se ha de colocar un caño de cemento armado de dos metros de diámetro, para la conducción del agua indispensable en los hogares. Contempla a los hombres que con el pico y la pala remueven allá abajo la tierra. Cada golpe de pico apenas separa unos puñados de tierra. Cada golpe de pico reclama violento esfuerzo de todos los músculos... ¿Cuántos golpes da cada hombre por hora?...

Para ganar cinco pesos han de persistir ocho horas en los movimientos, en la resolución de demoler aquella dura masa de tierra, en levan-





tar y dejar caer el pico en el sitio necesario y con suficiente fuerza.

¿Serías capaz de hacer lo mismo?... Si lo consigieras, ¿resistirías ese tiempo?... Si tus fuerzas te permitieran tal hazaña, ¿considerarías bien recompensado tu trabajo si te abonaran a razón de un centavo por minuto, que es lo que cobran esos trabajadores?

La jornada de ocho horas representa, en efecto, 480 minutos, y la inmensa mayoría de los trabajadores no gana más de un centavo por minuto de trabajo.

Vemos, pues, que no solamente cinco pesos son un valor apreciable; cinco centavos son algo digno de consideración: significan

cinco minutos de tarea para los hombres de trabajo, cinco minutos de energía humana inteligentemente empleada con un fin útil y provechoso para todos.

El dinero vale porque sólo puede obtenerse dignamente por medio del trabajo honesto, que es placer; pero también es virtud y sacrificio.

Ganarlo con el esfuerzo propio es lo que hacemos todos los hombres de bien. Encontramos satisfacción al decirnos cada día que las comodidades que gozamos son el fruto de nuestras energías empleadas en una forma conveniente para la sociedad. Cumplimos la ley de Dios, que nos ha impuesto el trabajo; cumplimos con la familia, al asegurarle lo necesario para subsistir; cumplimos con la propia conciencia, que nos manda convertir



la vida en obra honesta y benéfica.

Algunos hombres prefieren obtener el dinero por el robo. Estos trabajan también; pero trabajan de una manera estúpida, peligrosa y tan perjudicial para ellos mismos como para la sociedad.

Cuando los obreros que remueven la tierra, o los estibadores del puerto, han percibido su salario, el ladrón espera agazapado a uno de ellos, y, por sorpresa o con violencia, le arrebató el fruto de sus energías. Es decir, le roba parte de su vida, que con el esfuerzo convirtió en dinero.

El vil ladrón pensará que no es nada, que no significa nada ese dinero...

Pero la sociedad entera se pondrá a favor del hombre laborioso inicuamente despojado. Si el ladrón es descubierto, será metido en la cárcel... y allí, durante los años que permanecerá sin libertad, reflexionará si aquel dinero era algo o era una insignificancia.



EN VISPERAS DE IRSE AL CAMPO

PIENSO que te equivocas al suponer que en los tres meses que pasarás en el campo vas a aburrirte soberanamente.

La gente sana, activa e inteligente como tú no se aburre jamás. Siempre encuentra motivos para emplear su actividad, para ayudar a alguien en sus tareas, para observar, distraerse y aprender.

Los ojos y los oídos son sentidos que deben ejercitarse con provecho y deleite el día entero para recoger impresiones y enseñanzas sumamente agradables.

Mira con atención los animales, las plantas y las cosas del campo. Cada día adquirirás numerosos conocimientos y cada día tendrás una

sorpresa.

Hay muchas maneras de ver. Un piano, por ejemplo, para un mal observador, es una especie de cajón cerrado que suena al golpear las teclas. El mismo piano ofrece al buen observador motivos para muchas horas de entretenimiento, en los múltiples detalles de su com-



plicado mecanismo y en la variedad de tono y de intensidad de los sonidos.

Cuanto menos inteligencia se posee, menos importancia atribuimos a las cosas, porque la inteligencia es como la vista: nos permite ver más o menos según su alcance y su poder. Para el ciego un espléndido paisaje no es absolutamente nada.

El más pequeño insecto observado con un microscopio ofrece tal conjunto de maravillosos detalles que no basta un día entero para verlos.

También puedes notar en la visión de los colores la diferencia entre las maneras de ver y de observar. Hay personas que no distinguen en



los vegetales más que un solo color verde. Si les preguntas de qué color es el pasto, los arbustos, los árboles, te dirán que todos son verdes.

Fíjate cuando estés en el campo la inmensa variedad de verdes que existe en los vegetales: es la misma diferencia que en las notas del piano.

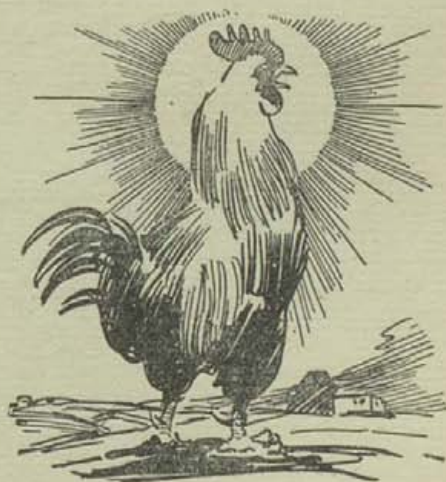
Encontrarás en un mismo árbol un estu-
pendo conjunto de ma-

tices, desde el verde más obscuro hasta el más claro. Al aprender a distinguirlos y compararlos, desarrollarás tu poder de observación.

Para conocer las particularidades de algunos animales, te serían pocos los días y los meses. Ha habido sabios que consagraron la vida entera al estudio de las hormigas o de las abejas, sin alcanzar a conocer completamente sus costumbres.

Observarás, asimismo, muchos detalles que provocan nuestra curiosidad y que no somos capaces de explicar.

Si andando por el campo se encuentra un nido de fiandú, que momentáneamente haya sido dejado solo, y se levanta con cuidado un huevo y se vuelve a colocar en el mismo sitio, ¿qué sucederá? Parece que no debiera ocurrir nada en perjuicio de los futuros charabones. No obstante, al regresar el fiandú, después de alimentarse, rozando casi los huevos con la punta del pico los examina detenidamente uno por uno, antes de echarse. Al mirar el que fué levantado, conoce de inmediato que alguien anduvo



en el nido, y, enfurecido de pronto, comienza a romper los huevos a patadas hasta convertirlos en añicos.

Mientras los demás pájaros callan al ocultarse el sol y no despiertan hasta el alba, el chingolo hace oír su sencillo y alegre cantar en diferentes horas de la noche. ¿Por qué se despierta y por qué canta, constituyendo una excepción notable entre sus congéneres?

Y los gallos, ¿por qué se despiertan y cantan en determinados momentos durante la noche?

Y los flamencos, las cigüeñas y las demás aves zancudas, ¿por qué duermen parados en una pata?

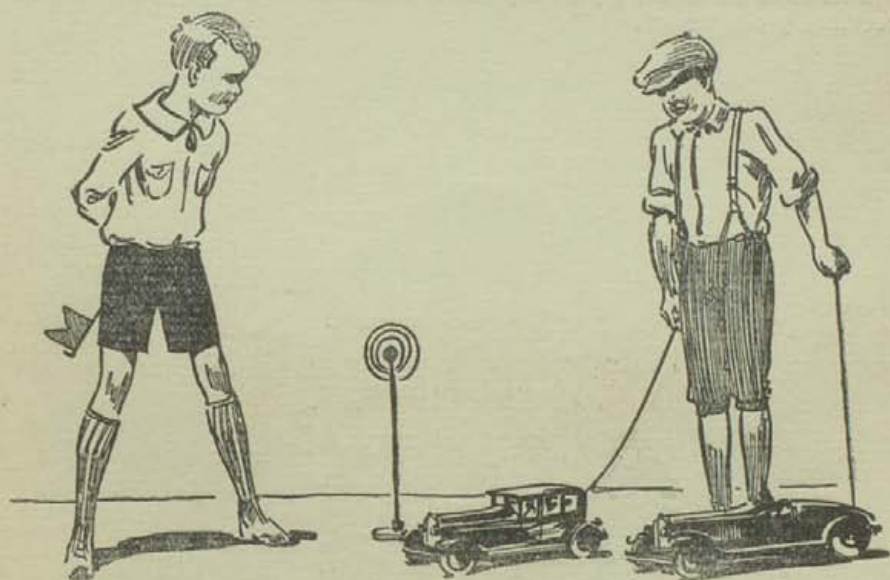
¡Cuántos motivos para entretenerte encontrarás en el campo!

La naturaleza es también una escuela donde aprendemos sin cesar. Y todos los conocimientos que adquirimos en ella son de utilidad para comprender la vida e interpretarla con acierto.



HAY QUE CUMPLIR LO PROMETIDO

FRANCAMENTE, mi querido Eduardo, es bastante penoso quedarte sin el automóvil colorado, que te servía para correr carreras con el azul, permitiéndote comparar las diferentes velocidades de cada uno.



Pero te quedaría el azul, que es más nuevo y más rápido.

Según me has dicho, tú le prometiste a Rodolfo el colorado. No veo que puedas hacer nada mejor que entregárselo.

En todo caso, harán las carreras juntos y se divertirán más.

Hay que acostumbrarse a no prometer sin pensarlo bien y a cumplir lo prometido.

No solamente los niños, sino también los adultos, suelen incurrir en la ligereza de contraer obligaciones de cualquier índole, sin reflexionarlo bien. Luego, lo piensan con calma y se arrepienten.

Habrás oído decir que “al que da y quita, se le cría una jorobita”. Esta jorobita no está en el cuerpo, sino en el carácter: constituye una fealdad moral que hace desmerecer al que la posee.

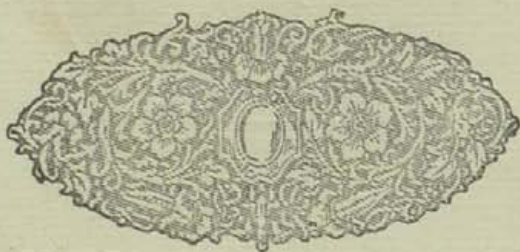
El que da y quita es una persona sin palabra; no hay seriedad en sus compromisos, y provoca la desconfianza en los demás.

Es preferible que renuncies al automóvil colorado y no que desistas de tu generoso impulso, defraudando las esperanzas de tu amigo.

Antes de recibir tu promesa, Rodolfo no tenía la esperanza de poseer un automóvil: ahora que hiciste nacer esa esperanza y ese anhelo, no puedes destruirlos con un desengaño tan grande.

Sufre tú la pena de privarte del automóvil colorado, y no se la ocasionas a Rodolfo. Esto es lo justo.

Pierde el juguete; pero no pierdas la satisfacción de proceder con rectitud y con honor.



LOS BOTINES ROTOS

ME han contado que ayer, al salir de la escuela; algunos compañeros se burlaron de ti porque tenías los botines rotos y que llegaste a tu casa llorando.

La noticia me ha causado mucha pena.

Esos niños que te reprocharon tu pobreza, ¿creerán, quizás, que ellos pagan su calzado y sus ropas?

Ellos ignoran que no tienes padre y que al ir a la escuela humildemente vestido ayudas a tu mamá, que sostiene el hogar con su trabajo.

Lo deshonoroso para ti sería que pretendieses más de lo que tu madre puede darte, imponiéndole sacrificios y disgustos.

Si otra vez te dicen algo sobre lo mismo, diles que es preferible andar con los botines rotos cuando no se poseen otros y no dejar de ir a la escuela. No te afli-



jas, ni te consideres inferior a ellos por un pedazo de cuero o de género más o menos.

La superioridad no consiste en el dinero que se gasta en el vestido, sino en la nobleza de alma.

Sigue asistiendo a la escuela con el mismo entusiasmo.

También descalzo del todo, puedes adelantar y aprender mucho. Nadie sabe adónde llegarás con tu trabajo y tu voluntad.

Quizás los que ahora se ríen te admirarán mañana. Entonces comprenderán que tus botines rotos constituían un mérito, y jamás un motivo de menosprecio.



UNA ALUMNA AGRADECIDA

EN la Escuela Sarmiento ocurrió ayer un hecho digno de referirse y que seguramente te agrada conocer.

Estaba enseñando caligrafía la señorita Luisa, cuando el portero vino a anunciarle que una niña deseaba hablarle, y que a la señora directora le parecía conveniente que la recibiera allí mismo.

La señorita ordenó al portero que la hiciera pasar.

Entró. Traía un magnífico ramo de flores.

—Buen día, señorita Luisa — dijo.

—¡Ah! — contestó la maestra. — ¿Cómo estás, Irene? — y dirigiéndose a las alumnas, agregó:

—Esta niña es mi ex discípula Irene Martínez. Asistió a mi clase y después tuvo que dejarnos por que su familia se fué a Europa. . . ¿Así que han vuelto?... Me alegro mucho. Vendrás de nuevo a clase; ¿verdad?

—Hemos venido, señorita, por muy poco tiempo. Nos vamos definitivamente. Mi papá ha resuelto radicarse en Europa. Yo no he podido olvidarme de usted y no he podido estar en Buenos Aires sin venir a decirle que le estoy muy agradecida y que la quiero mucho.

Al decir esto, presentó entonces el precioso ramo de grandes rosas a la señorita.

Ella lo tomó muy emocionada, y después de un momento dijo:



—¡Gracias! ¡Muchas gracias! Este acto tuyo te honra. Fuiste una alumna ejemplar. Sólo conservo de ti buenos y dulces recuerdos...

En este momento entró en la clase la directora con un señor.

—Señorita Luisa — dijo la directora, — el papá de Irene la ha acompañado; pero desea hacer constar que la acción de esta niña es absolutamente espontánea. Nadie le indicó que viniera a saludar a su maestra, aunque era su deber; nadie, tampoco, le dió dinero para su bello obsequio... Lo pagó con sus ahorros reunidos durante un año en su alcancía.

A la señorita Luisa se le llenaron de lágrimas los ojos, besó a Irene en la frente y se despidió de padre e hija sin poder pronunciar una palabra.



LAS DESVENTURAS DE CHICHO

Al pasar ayer por tu casa vi a Chicho conversando con otro perrito, seguramente de la vecindad.

No se puede negar que los perros son sociables y propensos a estar juntos. Lo malo es que no todos ellos son lo suficientemente educados para tratar a los otros con las debidas consideraciones.

Hay, en efecto, perrazos, perruchos y perritos de los que suele decirse que tienen "malas pulgas".

Las malas pulgas los ponen de tan malhumor que por cualquier motivo se enfurecen y muerden al perro que se les acerca, y, también, a las personas.

Chicho no tiene pulgas ni buenas ni malas, cosa importantísima en el mundo perruno, pues un perro sin pulgas es considerado entre ellos como un verdadero fenómeno, digno de ser exhibido en un circo, cuando está vivo, y en un museo, después de muerto.

A este propósito se cuenta que hace mucho tiempo fué presentado en una reunión perruna un ejemplar con esa extraordinaria particularidad. El hecho produjo tan enorme sorpresa que al poco rato rodeaban al extraordinario perrito centenares de perros de las más diversas categorías.

Todos desearon verlo bien de cerca y examinar su larga y cres-





pa lana, pues se trataba de un perrito lanudo. Hubo dudas y discusiones a granel.

Innumerable cantidad de veces lo revisaron, para cerciorarse de que no había exageración ni engaño.

Y resultó que tanto discutieron y tanto se emperraron, que unos contra otros apostaron la cola a que "el fenómeno" tenía pulgas o no tenía ninguna.

Decidióse que un jurado constituido por los tres mastines más corpulentos fallara en definitiva la cuestión.

Aproximáronse los que debían dar el fallo y ni siquiera tuvieron que abrir la lana pa-

ra examinar la piel... ¡El perrito lanudo estaba convertido en la capital del mundo de las pulgas!...

Ya ves los resultados de las malas compañías.

Tu Chicho no estuvo, probablemente, en esa reunión y, si estuvo, fué de los que ganaron en la apuesta, pues conserva la cola.

En cambio la perdió el perrito que, como te decía, conversaba con él en la puerta de tu casa, en el momento en que pasaba yo.

Sentí curiosidad por saber lo que se decían y me detuve, con cierto disimulo, para no despertar las sospechas de Chicho, que es, sin duda, un buen guardián. Parado, pues, de espaldas a tu casa, oí que Chicho decía:

—¡Las apariencias engañan!

—Pues, amigo, no sé de qué te quejas — le contestó el amigo. — Casa sin gatos, buena mesa, buena cama, derecho para asomarte a la puerta, algún paseito de vez en cuando, nada de bozal ni de cadena... ¡Pedir más es pedir gaterías!

—Es que tú no conoces a Pilungo — le contestó Chicho.

—¡Pilungo!... En casi todas las casas hay niños. Yo no veo que ésto sea un inconveniente para la felicidad. ¿Qué dirías si debieras soportar como yo la ignominia de dormir debajo de la última escalera de la casa mientras el gato duerme en las mejores habitaciones? ¿Qué dirías si supieras, como yo sé, que los más delicados manjares son para el gato y que ni siquiera puedo mirarlo con fijeza sin que se me reproche como un crimen?

—Diría que todo eso es preferible a lo que me pasa a mí.

—Entonces, ¿te ocurre algo desagradable?

—Ya te he dicho que tú no conoces a Pilungo.

—Lo conozco.

—No lo conoces bien.

—Sí; lo conozco.

—¡Vaya, no seas terco!... Oyeme y comprenderás que tengo razón. Pilungo es un niño muy bueno, muy simpático, que me cuidó cariñosamente cuando yo era chiquito; pero tiene, de cuando en cuando, unas ideas tan raras que parecen de un malvado... A veces me tira un pedazo de carne atado de un hilo y en el momento en que voy a tragarlo me lo saca del gástrico y se ríe a carcajadas. Otras veces me arroja el gato encima provocando mi indignación y como diciendo: "¡A ver si te atreves a morderlo!" Un día arrojó lejos una cosa que parecía un palito y me ordenó que se lo trajera. Tú sabes que yo poseo esta habilidad...

—Sí, sí... ¡Ya me lo has dicho como cincuenta veces!

—Arroja eso que yo creí que era un palito, y cuando voy a morderlo... ¡me doy cuenta de que era fuego, y que quemaba!

—¡Eso no es propio de una persona decente! Lo reconozco.

—Ayer mismo, estaba yo echando una siestita... Yo creo que uno tiene derecho a dormir donde no incomoda a nadie... y siempre que no haya que estar de guardia. Era de día... Se hallaba toda la familia en la casa y despierta.

—Entonces, tenías derecho a la siestita. ¿Y qué te dijo?

—No me dijo nada. En lo mejor del sueño, me arrastra de la cola con tal fuerza que casi me la arranca.

—¡Qué horrible! ¿Eso hace Pilungo?... Repito que yo lo creía una persona decente.

—¿Tengo razón para quejarme?

—Sí.

—¿Tengo razón para decirte que las apariencias engañan?

—La tienes.



—Bueno; ya lo sabes; pero que quede entre nosotros dos, ¿eh? ¡No se lo cuentes a nadie!... Pilungo fué antes muy bueno y muy cariñoso conmigo y tengo la esperanza de que se le pasen estas ocurrencias impropias de él y que tanto lo afean.

Con dos ladridos se dijeron:

—¡Chau! ¡Chau!... — y se separaron.

*

He creído necesario informarte de estas cosas. Tú sabrás si el pobre Chicho exagera sus desgracias o si son verdaderas.

De cualquier modo, confío plenamente en tu noble corazón para que nunca más pueda quejarse de ti.



COMUNICACION URGENTE

A que no sabes lo que me contaron de un muchachito?
Me contaron que cuando su mamá le canta al bebé el "Arrorró",



para que se duerma, se burla de ella, hasta disgustarla con sus des-
templados gritos.

Fea acción, por cierto; pero se equivocaría quien pensara que ese
pibe la comete por maldad.

Es una costumbre condenable la de suponer que un niño es malo porque incurre en olvido o en impertinencia.

Puede el niño ser muy bueno — que es lo que debe suponerse en este caso — y realizar por imprevisión actos desagradables.

En cuanto se le haga notar el error, pondrá todo su afán en corregirse del defecto.

Es lo que va a ocurrir con el muchachito que no deja dormir al bebé y que fastidia a la mamá.

El pobre hace un triste papel y hay que avisarle cuanto antes.

Como creo que tú lo conoces mucho, hazme el favor de decirle todo esto. Ya verás cómo el bochinche se acaba desde hoy mismo.



LOS ROSALES DE LUISITO

UNA gran alegría me han proporcionado los rosales de Luisito. Días pasados fui a visitar a sus padres y me obsequiaron con unas rosas espléndidas.



—Son de los rosales de Luisito — dijo la señora.

—¡Ah!... — exclamé gratamente sorprendido. — ¿Así que le han regalado algunos rosales y él los cuida?

—No, señor — aclaró la mamá, con visible satisfacción. — Son rosales que él mismo ha formado.

—¿Dónde está Luisito? — pregunté con el natural deseo de felicitar a un jardinerito tan habilidoso.

—Casualmente está en el fondo — dijo el padre. — Si le parece, vamos a verlo entregado a su tarea.

Luisito cumplió en febrero once años. En cuanto nos distinguió dejó el escardillo y comenzó a restregarse las manos para quitarse la tierra. Al mismo tiempo se miraba la ropa y los zapatos cubiertos de polvo.

—No, queridito — le dije, — no te preocupes... Esa tierra te honra y te enaltece... Dame la mano así, que es una alegría inmensa encontrarte en esta forma... Tus padres me han obsequiado con tus rosas. Quiero felicitarte. Eres un buen jardinero.



—Muchas gracias, señor — contestó el niño, emocionado.

Me incliné, le dí un beso y sentí que me embargaban la ternura y la admiración hacia el pequeño trabajador.

Como en la casa no tienen jardinero y el padre no entiende nada de cultivos, le pregunté a Luisito:

—¿Cómo hiciste para formar los rosales?... No veo ni siquiera terreno suficiente...

—Sólo disponía — dijo la señora — de una de esas palitas de jugar en la arena y de un cuchillo viejo... Después, le regalamos el escardillo.

Entonces, poco a poco, respondiendo a mis preguntas, Luisito me explicó aquel milagro de laboriosidad.

Cierta vez, al regresar de la escuela, observé a un jardinero que plantaba gajos provenientes de la poda de rosales. Fijóse con atención en lo que hacía el jardinero. Formaba estacas de una cuarta, más o menos, de largo, y enterraba dos terceras partes bajo tierra.

El jardinero le ofreció gustoso una cantidad de gajos.

El terreno disponible medía exactamente cincuenta centímetros de ancho por dos metros de largo. Cuando la tierra estuvo removida, menuda y parejita, plantó las estacas en tres hileras, a cordel, en línea recta. La distancia entre las hileras era de quince centímetros. Entre una estaca y otra dejó cinco centímetros. De modo que en cada hilera plantó cuarenta gajos o estacas. El total fué de ciento veinte.

Algunas podas se secaron, a pesar de los solícitos cuidados del jardinero; pero, asimismo, resultaron noventa y dos rosales, que se desarrollaron en excelentes condiciones.





Como la cantidad superaba al espacio disponible, cierto número de ellos han sido regalados. Los demás embellecen la casita; embellecen y alegran la vida de los padres y del niño.

¿No es digna de contarse esta obra de Luisito?

¿No es una prueba magnífica de lo que puede hacerse con un poquito de voluntad y de iniciativa?

Tengo que retribuir de algún modo el obsequio, cosa difícil, por cierto.

No sé si en toda mi vida he recibido un regalo de más valor.

Tan grande es el aprecio en que tengo las rosas de Luisito, y el encanto que me causaron, que continúan en el florero en mi mesa de trabajo, aunque ya están completamente secas.

Todavía me acerco a ellas, para aspirar esa fragancia inconfundible y exquisita que sentí enajenado el primer día.

Yo no sé si es de las rosas...

A veces pienso que entre los pétalos secos perdura como una fragancia la belleza de la obra. Y me conmuevo y los beso como cuando besé al jardinero.



¿QUE TRABAJO ES EL MEJOR?

TU carta me demuestra que deseas ser un hombre útil.

Muchos niños piensan, como tú, en lo que harán cuando sean grandes.

El mejor de los hombres y el más dichoso es el que hace más bien a sus semejantes.

¿Cuál es el que hace más bien a sus semejantes?

El que pone más amor en su tarea.

Es indiferente, amigo mío, la clase de trabajo, con tal de que sea honesto y provechoso para sí mismo y para la sociedad.

Puedo señalar no pocos hombres que consagran sus energías a una tarea humilde, y a los cuales quiero y admiro por el anhelo de perfección que los anima.

Días atrás me detuve en los jardines de Palermo a contemplar a un obrero que con la tijera de cortar

pasto en la mano arreglaba los bordes de un hermoso cantero de rosales, rodeado de artísticas labores de diversas florecillas. El esmero y la prolijidad con que realizaba su obra despertaron mi curiosidad, primero, y mi cariño hacia él, después. No pude menos que elogiar su obra, digna como las más grandes de provocar la simpatía y la gratitud.





El modesto jardinero se propone la perfección en su trabajo, entrega honradamente sus energías para ganar en buena ley su salario y contribuye con lo mejor que le es posible al embellecimiento de la ciudad.

Si todos los hombres procedieran como él, la humanidad gozaría de mayor bienestar, de mayor felicidad, y el mundo parecería más lindo y bueno.

Muy equivocadamente juzgará a las personas quien las aprecie por la tarea que han elegido, sin preocuparse de la manera de ejercerla.

¿Es superior un abogado a un carpintero?

Para contestar a esta pregunta es forzoso saber cómo atiende cada cual su estudio y su

taller. ¿Cuál de los dos eligió el trabajo adecuado a sus aptitudes y a sus inclinaciones?

¿Cuál emplea con mayor eficacia y mayor placer sus energías?

¿Cuál de los dos trabaja con más entusiasmo, con más probidad, con más ahinco para alcanzar, en su obra, el mayor grado posible de bondad y de excelencia?

Puede merecer la preferencia en la estimación y en el afecto social el abogado; puede merecerla el carpintero.

Puede corresponderle mayor felicidad al carpintero; puede corresponderle al abo-



gado. No dependen nuestro bienestar y nuestra salud física y moral de la clase de trabajo, sino del trabajador.

Elige la tarea que más te guste; pero apercíbete para ser un trabajador sincero, leal contigo mismo y leal para con los demás, decidido a esmerarte, resuelto a superar tu propia obra cada día.

Todo lo demás, todo cuanto legítimamente anheles y necesites, vendrá a tu corazón y a tu morada para ayudarte y para recompensarte en tus afanes.



INGRATITUD VERGONZOSA

TE aseguro que me causó sorpresa oírte que decías, al referirte a tu maestro, "El Conejo".

Al preguntarte por qué lo llamaban así, contestaste:

"Yo creo que es porque tiene las orejas largas y con punta arriba, y cuando se impacienta da unos golpecitos con la pata lo mismo que los conejos."



No era oportuno contestarte delante de otras personas; pero deseo hacerlo ahora.

Ante todo, debo observarte que las personas no tienen patas, sino piernas.

Tal palabra demuestra ignorancia o desconsideración, mayormente tratándose de quien merece tu respeto. En cuanto al sobre-

nombre, no niego yo que la ocurrencia sea graciosa; sólo que, amigo mío, no basta que una cosa haga reír para que sea buena, aceptable y digna de ti.

Yo no conozco al maestro de tu clase. Presumo que, además de las orejas largas y los golpecitos con el pie, tendrá otras características.

¿Por qué han de ver ustedes tan sólo los defectos en un hombre consagrado a prepararlos para la lucha por la vida? ¿Por qué no observan sus merecimientos?

Si el maestro llama a cada uno de ustedes por su nombre, y no le dice a uno Nariz Torcida, a otro Pescuezo Largo, a otro Mano Sucia, ¿con qué derecho han de enrostrarle ustedes sus defectos?

Da golpecitos en el suelo, dices. Quizás sea esta la única forma de mostrar su impaciencia ante la torpeza de unos, la desidia de otros o la grosería de algunos. ¿Preferirían que evidenciara su impaciencia con gritos destemplados?

Te pido que nunca más incurras en la grosera y vergonzosa ingratitud de ofender a tus maestros con sobrenombres. Eso es inconcebible en un niño como tú, que desea aprender y que reconoce cuánto debe a sus maestros. Eso es pagar con una villanía el inmenso favor de llevarte de la mano desde las tinieblas de la ignorancia hacia la luz del saber y la virtud.



OROPURO

AQUÍ, en Misiones, he conocido a un indio muy interesante. Cuando lo vi por primera vez, el patrón me dijo:

—Es Oropuro.

—¿Se llama así? — le pregunté.

—Yo le he puesto ese nombre — me contestó, — porque se lo merece.

Y agregó:

—Tres cosas ha hecho este indio que lo justifican.

Cuando llegué al territorio, debí internarme en bote por algunos riachos que desembocan en el Alto Paraná. En esas excursiones no había que pensar en más recursos que los que lleváramos. En las márgenes no se veía jamás un ser humano. Un mediodía bajamos, como de costumbre, para preparar nuestros alimentos. Como el viaje duraba más de lo calculado, pues hacía una semana que explorábamos la costa, los alimentos no alcanzaban para los cuatro hombres que componían la tripulación: el indio, dos peones más y yo.

Bostezábamos de hambre. Para tres podrían alcanzar medianamente las provisiones; para los cuatro, no.

Dispuse que comieran mis tres ayudantes; pero Oropuro manifestó:

—Yo no puedo comer. Estoy enfermo desde anoche. Me duele aquí...

—¿Cómo no habías dicho nada? — le pregunté sorprendido.





—Es que creía — dijo — que se me pasaría; pero me duele mucho y sólo tomaré mate.

Comimos cuanto quedaba, pues estábamos hambrientos.

Al terminar la comida, y disponernos a seguir navegando, divisamos un armadillo, precisamente una mulita, que se metía en su cueva.

Corrimos hacia el bote, trajimos las palas y nos entregamos con ahinco a la tarea de atraparla.

Por suerte no era la cueva muy honda. Al cabo de un buen rato nos apoderamos de

dos mulitas jóvenes y gordas.

—Muy bien — exclamé; — las reservaremos para la noche.

Oropuro se aproximó entonces y me dijo:

—Si me permite, patrón, voy a aprovechar el fuego para asar una. ¡Yo también tengo hambre!

Al decir esto el pobre indio sonreía.

La enfermedad había sido fingida, con el único propósito de no privarme de ningún bocado.



Algún tiempo después, ocurrió lo siguiente: Debíamos dormir en





pleno bosque. Allí hay bosques inmensos, apenas conocidos por el hombre, cuyos árboles centenarios constituyen una de las más grandes riquezas del país. Actualmente, entre las maderas que se extraen, figuran el lapacho y el cedro; pero el cedro desaparece rápidamente, pues es muy codiciado.

Los ocho hombres que constituíamos esta vez la expedición nos acostamos cerca de un buen fuego, para alejar a los animales peligrosos.

Yo me acosté en una hamaca sujeta entre dos árboles; los demás se acostaron en el suelo.

Me sentí tan a gusto, tan abrigado, a pesar de que la noche era bastante fresca, que en seguida me dormí.

Cuando nos levantamos ya aclaraba. Mientras tomábamos el desayuno, se comentó el frío, poco frecuente en la región, que se había sentido aquella noche.

—Pues es extraño — dije; — yo no lo noté, a pesar de que me acosté en la hamaca y sólo poseo una manta para colocar debajo.





—Julián no se acostó — dijo un peón. — Pasó la noche sentado al lado del fuego.

Julián es Oropuro.

—¿No te acostaste?... — le pregunté, sorprendido.

—No, señor — contestó. — No tenía sueño, y el fuego estaba muy lindo. Pero, después, me dormí con el calorito lo más bien.

No se habló más del asunto.

Un momento después me dirigí hacia la hamaca para retirar unos papeles que había puesto debajo de la almohada... y entonces descubrí el motivo de que Oropuro no

se hubiera acostado. Debajo de mi manta, para resguardarme del frío, el indio había colocado con prolijidad todas las prendas que constituían su cama.

Confieso que los ojos se me llenaron de lágrimas.

Sin la casual circunstancia de necesitar aquellos documentos, nunca se hubiese conocido su noble acción, pues él mismo era el que retiraba la hamaca y guardaba mis ropas.



Todavía quiero citarle un último episodio.

Iniciados mis trabajos en el obraje, Oropuro se hallaba a mi servicio y tenía bastante tarea, por cierto.

Generalmente, me levantaba a las siete, pues la correspondencia, las anotaciones sobre el trabajo y la lectura de los diarios me retenían en vigilia parte de la noche.

Unos cuantos días sucedió que Oropuro no estaba a las 7 en su puesto. Aquello me



sorprendió, siendo el indio tan madrugador; pero resolví no hacerle ninguna observación.

Poco tardé en enterarme, pues casualmente escuché una conversación entre él y un peón del obraje.

—Es la última vez — le decía Oropuro — que hago tu trabajo. Si volvés a llegar tarde, perdés el jornal. Ya el patrón se ha dado cuenta de que yo no estoy a la hora en que se levanta.

Oropuro se sacrificaba para ayudar a un compañero, y lo hacía con la misma bondad, la misma nobilísima modestia que ponía en todos sus actos.



—Ya ve, amigo — concluyó diciéndome el patrón del indio, — que el pobre tiene más blanca el alma que la cara. No pienso separarme de él. He llegado a quererlo tanto como se merece. Y puedo aun agregar que en cuanto a vicios, no le conozco ninguno, y en cuanto a desinterés, prefiere mil veces más la estimación al dinero.

Es oro puro, purísimo.

¡Del mejor que hay en el mundo!



EL BUENO QUE PARECIA MALO

CONOZCO, efectivamente, a un niño que es muy bueno y que parecía muy malo.

A este pibe le regalaron una honda, y él le preguntó al del regalo para qué servía ese pedazo de alambre en forma de i griega con un elástico.

El otro le explicó que era para cazar pajaritos cuando encontrara alguno en las calles y plazas.

El pibe aceptó el regalo y la lección y andaba siempre con la honda en el bolsillo.

Cada vez que veía un pajarito le arrojaba una piedra con la honda.

Consiguió, después de un tiempo de ensayos, herir algunos y matar a otros.

¡Valiente hazaña!

¿Qué hacía con el pájaro después de herido o muerto?

¿Para qué le servía su crueldad?

Cualquiera habría afirmado que este niño, por lo que hacía con los pájaros, era un malvado. Ahora verás que tal afirmación equivaldría a una injusticia.

A él le dieron la honda y le enseñaron a manejarla. Toda su falta





consistió en no preguntarle al del regalo para qué y por qué se convertiría en verdugo de los pájaros.

Como es un niño no lo pensó, tampoco, por sí mismo, y, sin el menor provecho, se dedicó al oficio de asesino.

Sucedió que un día un hombre encuentra en el Parque 3 de Febrero un pajarito herido. Al inclinarse para recogerlo, se aproxima corriendo el pibe aquel y lo reclama como cosa suya.

—¡Tuyo! ¿Por qué tuyo? — le pregunta el hombre.

—Porque yo lo cacé — contestó el niño.

—¿Cómo?

—Con esta honda.

—No imaginaba que tuvieses eso... ¿Y por qué hieres a los pájaros?

—Por gusto.

—¿Por gusto? Eso es horrible

— observó el hombre. — ¿Te parecería bien que por gusto te quitara la honda y me entretuviese en lastimarte, arrojándote piedras? Este pajarito no es tuyo, ni mío; pero es menos tuyo que de nadie, puesto que, como feroz enemigo, pretendiste arrebatarme la vida. ¡No uses más esa arma tan innoble y vergonzosa! ¡Si todos hiciéramos como tú se acabarían los pájaros que tanto nos alegran con su hermosura y con su canto! Toma el pobre pajarito, cuidalo y cuando esté sano, devuélvele la libertad. ¡Tú no eres capaz de matar porque sí a un ser tan inocente!...

El muchachito se quedó callado un rato, con el rostro encendido de vergüenza. Después dijo:

—¡Yo no voy a cazar más pájaros!

—Muy bien. Eso es digno de ti — le dijo el hombre. — ¿Por qué no vendes la honda?... Yo te la compraría, por el elástico... Si quieres, te la compro.

El muchachito arrancó en dos tirones el elástico y lanzó lejos el alambre, repitiendo:

—¡Yo no voy a cazar más pájaros!

—Bueno — le dijo el hombre. — Vamos a hacer un trato. Yo te doy veinte centavos por el elástico; pero tú te llevas el gorrión y lo cuidas. Cuando esté sano, lo traes a mi casa y, juntos, lo ponemos en libertad. Entonces, voy a hacerte un lindo obsequio.

El muchachito aceptó el trato.

No solamente hizo lo que le propuso, sino mucho más: se convirtió en amigo y protector de los pájaros.

Siempre que le era posible les brindaba alimento y los protegía de sus inconscientes enemigos.

Ya ves que este niño no tenía nada de malo, aunque las apariencias lo condenaran.



UN DETALLE POCO CLARO

YO te aprecio mucho y reconozco que eres un niño muy simpático. Pero hay cierto detalle que quisiera poner en claro y para el cual reclamo tu ayuda.

Se trata de tu sobrenombre. Tú te llamas Alfredo, y en esto no veo nada de particular. No obstante, nadie te llama por tu nombre: todos te dicen "Batuque".

¿Por qué te llaman Batuque?

Claro que, entre tú y yo, el asunto no ofrece mayores dificultades, y que, en último caso, no habría necesidad de entrar en averiguaciones. Pero supongamos que cualquier día vas a mi casa y está alguna persona de visita — como el inglés aquel que viste el domingo — y que esta persona al oír tu sobrenombre me pregunta qué significa.

¿Qué te parece que sería bueno contestarle?

Ya sabemos que "batuque" significa "batifondo", tumulto, bochinche y alboroto. Si le digo esto, el inglés se creará quién sabe qué cosas; a lo mejor, supone algo muy malo de ti.

Por todo esto y mucho más que se me ocurre alrededor de tu sobrenombre, me decido a pedirte, ya que no te cuesta nada escribir y tienes tan linda letra, que me escribas una carta explicándome bien por qué te dicen "Batuque".

Por supuesto, que todo esto queda entre nosotros, y es para que nadie se entere que he preferido escribirte.



LAS DUDAS DE UN POLLITO

MI querida Pirucha:

Son muy hermosos los nueve pollitos de tu gallina negra. Ayer, cuando estabas en la escuela, fuí a visitar a tu papá y me los mostró.

Los ojitos parecen cuentas de azabache y mueven las patitas con encantadora ligereza.

Abrían las alitas todavía sin plumas largas y las agitaban como si quisieran tomar vuelo. Uno de ellos, el más amarillo, escarbando en el suelo, encontró un trozo de piolín y tomándolo con el pico echó a correr precipitadamente.

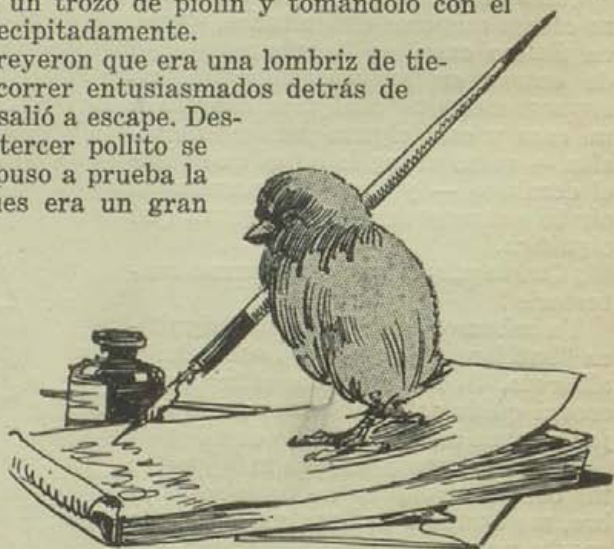
Los otros pollitos creyeron que era una lombriz de tierra y comenzaron a correr entusiasmados detrás de él. Otro se lo quitó y salió a escape. Después de un rato, un tercer pollito se apoderó del tesoro y puso a prueba la ligereza de todos, pues era un gran corredor.

Cuando se cansaron de correr, observaron el objeto de tantos afanes y se convencieron de que en vez de la ansiada lombriz era un piolín y lo abandonaron.

La mamá los vigila de continuo.

De cuando en cuando los llama y los hace entrar debajo de ella para que se calienten, porque necesitan mucho el calorcito maternal. Si se enfriaran más de lo conveniente se enfermarían.

También cuida la mamá, con especial atención, los alimentos. Ella examina y prueba cada cosa. Si es buena, se las reparte; si es dañosa, les avisa con grititos que no la coman, y todos obedecen en el acto.



En el momento de retirarme, el batarás me entregó, para ti, esta cartita:

“Mi querida Pirucha:

Estamos muy agradecidos yo y mis hermanitos por todos tus cuidados; pero quisiera saber algo muy importante para mí, y es cuál de tus tres gallinas es mi mamá verdadera, o cuántas mamás tengo.

Tú me dirás si debo considerar como mi mamá a la que puso los huevos. En este caso, es bien triste que yo ni siquiera la conozca y tú podrías evitarme que parezca un mal hijo.

También se me ocurre que es mi verdadera mamá la que empolló los huevos durante veintiún días y que, a consecuencia de estarse siempre quieta y casi sin comer ni beber, se enfermó gravemente, según te he oído decir.

¿O es mi mamá verdadera esta otra que, por pedido tuyo, nos adoptó como hijos el mismo día que salimos del cascarón y que con tanta ternura nos prodiga sus desvelos?

El asunto, como comprenderás, es de suma importancia para mí y para mis hermanitos, y todavía se ha complicado más desde el domingo, cuando nos visitó aquella amiga tuya y le dijiste que éramos tus hijitos.

¿En qué quedamos?

¿Cuál es mi mamá?

Espera tu contestación,

El Pollito Batarás.”



NADA SE CONSIGUE SIN TRABAJO

HAY personas (quizás conoces alguna muy parecida) que cuando les proponen que aprendan algo o que realicen cierta obra provechosa exclaman:

—¡Ah!... Sí... Pero... eso da trabajo...

Y esperan que los bienes se les presenten sin reclamarles trabajo.

Ya pueden esperar un día o cien años.

Los bienes no tienen patitas ni vuelan para venir adonde estamos.

Hay que ir a buscarlos.

No hay cosa apetecible en este mundo que se consiga sin un esfuerzo proporcionado a su valor.

Probablemente, aquellas personas a que me refiero incurren en ese error porque suponen que siempre son nenitos y

que cada hombre y cada mujer que encuentren en la vida serán para ellos como verdaderos padres.

Me hacen el efecto de pájaros ya adultos y completamente capacitados para volar por sí mismos, y que se están echados en el nido en espera de que les traigan el alimento y se lo pongan en el pico, como cuando eran pequeños.

Por cierto, que tales pájaros perecerían de hambre. Los propios padres, que en el tiempo oportuno les prodigaron su ternura y sus solícitos cuidados, comprenderían lo monstruoso de semejante pretensión y los abandonarían austeramente a su tristísimo destino.



Al ser humano le ocurre, más o menos, lo mismo. No perecerá de hambre, quizás; pero se verá privado de muchas satisfacciones, del verdadero bienestar, de las naturales alegrías y de la consideración de la sociedad en que vive.

Si en una casa de comercio cada objeto tiene su precio y no nos regalan nada, también en la vida cada objeto tiene su precio, y este precio es el esfuerzo consagrado a conquistarlo.

Dios y los padres son los únicos que dan verdaderamente; pero los padres sólo pueden y deben dar durante cierto tiempo.

Ningún hijo ha de permitir que los padres prolonguen el sacrificio más allá del límite fijado por la naturaleza.

Ningún ser humano ha de tolerar tampoco que alguien lo substituya en el cumplimiento del deber o que lo exima de sus obligaciones.

Yo deseo, amigo mío, que observes lo que la vida nos enseña.

Supongamos que estás en medio del campo y tienes sed. ¿Quién la aplacará? Tú mismo. Deberás caminar hasta el arroyo o el río más cercano, echarte de bruces y recoger el agua con la mano para llevarla a la boca, si no posees utensilio adecuado.

Imagina que te tientan las jugosas y maduras peras de

un árbol y que tienes derecho a saborearlas; pero que no hay quién las recoja. ¿Renunciarás a ellas o treparás por el tronco hasta la altura necesaria y las tomarás por ti mismo?

Piensa, por ejemplo, que deseas cualquier otra cosa: comprobarás que no la obtienes sin realizar un esfuerzo; comprobarás que mediante tu propio esfuerzo es la manera honrada de conseguirla.

Aunque se trate de solicitar un libro prestado, tendrás que dedicar tu actividad para ir hasta la casa del dueño, pedirselo, cuidarlo con esmero y devolvérselo en la fecha convenida.

Si anhelas sacar provecho del contenido del libro, deberás realizar un empleo inteligente de tus energías.



Si ansiaras ser un gran mecánico, ¿cómo llegarías a ver cumplido tu propósito, sin comprometer en la empresa todas tus facultades y todas tus energías?...

No existe despropósito más grande que el de esperar el bien sin merecerlo.

Por cierto que no lo merece quien lo aguarda sin empeñar su voluntad, sus bríos, su tenacidad y cuanto fuere preciso para conquistarlo.

Si hablas con alguna de aquellas personas que menciono al principio, y, sobre todo, con alguna que tú conoces mucho, dile que la vida menosprecia a los que pudiendo caminar con sus piernas esperan para ir a alguna parte que alguien los lleve cargados "a babucha" como si fueran todavía nenitos de pocos meses.



EL MEJOR REGALO

CUAL sería el mejor regalo para tu mamá en su cumpleaños? Te prometí contestar a tu pregunta, y lo hago ahora con la esperanza de que mis opiniones te sean útiles.

Yo pienso que lo más lindo para tu mamá. será una obra tuya. Un objeto adquirido en el comercio no es tan expresivo, por ejemplo, como un tejido hecho por tus manos. Porque el objeto representa

la decisión de adquirirlo, la elección y la compra; mientras la labor ejecutada por ti, además de la elección de la forma, del color y de la adquisición de los elementos necesarios, reclama tu habilidad, tu paciencia y el persistente y empeñoso deseo de realizar lo que te has propuesto para darle una alegría a tu mamá.



Si en vez de una labor, prefieres escribirle una cartita, estoy seguro de que le proporcionarás un día muy dichoso.

Basta con que en tu cartita pongas amor y la voluntad de complacerla.

Podrías hacerla, más o menos, así:

“Me gustaría regalarte todo lo mejor del mundo; pero como sé que nada te alegra tanto como saber que soy buena, mis regalos son estas promesas que te hago:

- 1° Levantarme todos los días una hora antes de ir a la escuela.
- 2° Traerte las mejores clasificaciones de mi clase.
- 3° No juntarme con niñas que tú me lo prohibas.
- 4° No mancharme las manos con tinta.

Hoy no te prometo más que estas cuatro cosas; pero te aseguro que las cumpliré, porque te quiero mucho."



Ya ves que este regalo — que colocarás en algún sitio adecuado para que ella lo encuentre al levantarse — no exige ningún dinero. Exige, en cambio, una firme voluntad para cumplir lo prometido.

Si así lo haces, tu regalo durará siempre; será una perenne dulzura para tu madre; lo recordará con placer toda su vida.

Para que el regalo sea todo lo perfecto que tu cariño anhelará, conviene que pongas en tu mesita de luz una copia de la carta para leerla cada noche al acostarte.

Quizás para los futuros cumpleaños te decidas a repetir este magnífico regalo, con nuevas y nobilísimas promesas. Te aseguro que, si las cumples dignamente, ellas constituirán las más grandes dulzuras que puedas proporcionar al corazón de tu adorada madre.

LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS

NIÑOS y niñas, indudablemente, pueden dedicarse a pequeñas industrias que les servirán de entretenimiento, de enseñanza y preparación para el trabajo y como un medio de proveerse de recursos.

Hay niños, por ejemplo, que fabrican aparatos de radiotelefonía y los venden a precios baratísimos. Otros realizan instalaciones de timbres con pilas, tan perfectamente como cualquier persona del oficio.

Conozco dos hermanitos — ella de diez y él de doce años — que fabrican jaulas para pájaros con suma habilidad y las venden en una ferretería.

Otros niños y niñas hacen canastitas de rafia, cajas, bancos, sillas de pequeño tamaño y también juguetes.

Algunas niñas visten muñecas; otras fabrican muñecos y muñecas de trapo, que venden con bastante facilidad en las casas del ramo. Todas estas tareas son agradables y beneficiosas,

siempre que no se exagere el tiempo destinado a ellas, el cual ha de limitarse de acuerdo con las demás necesidades fisiológicas e instructivas. Ha de tenerse siempre en cuenta que lo esencial en la infancia es prepararse para lo porvenir.

El dinero que ganan estos pequeños trabajadores es dedicado pre-



ferentemente a los gastos que originan los deportes, la asistencia a espectáculos infantiles y a la adquisición de libros y útiles escolares.

Luis Eduardo se dedica a la cría de canarios. Inició la industria con un lindo casal que le regalaron. Actualmente posee varios casales.

Cuando llega el mes de agosto, instala cada casal en una jaula con armazones para nidos. Poco después comienzan las avecillas a pre-



parar el nido, para lo cual Luis Eduardo les pone el yute deshilachado de las bolsas comunes. Cuando el nido está pronto, la hembra pone tres, cuatro y hasta cinco huevecitos blancos con pintas celestes. A los trece días nacen los pichones.

Es necesario proveer a los padres del alimento adecuado para que críen a sus hijuelos: yema de huevo bien cocida, lechuga y los granos de costumbre.

Los canarios se entregan a la crianza de los pichoncitos con tanto cariño, que descuidan la propia alimentación y se nota que enflaquecen.

Durante la primavera y el verano cada casal saca cría tres o cuatro veces, de modo que obtiene hasta diez y hasta quince canarios.

El año pasado, Luis Eduardo puso en cría cinco casales y consiguió cuarenta y dos canarios, lo que representa una ganancia muy satisfactoria. Es un niño prolijo, que cuida con esmero todos los detalles. A un vecinito suyo, en cambio, le va mal con esta industria.

La mayor parte de los pichoncitos se le mueren. A veces, porque les faltan alimentos o porque les proporciona algunos inadecuados. Otras veces por los parásitos que se alojan en los intersticios de la jaula, los cuales en la noche chupan la sangre de las avecitas, hasta que las extenuan y las matan.

El huerto, la cría de gusanos de seda, de palomas y de conejos, figuran, asimismo, entre las industrias de los niños.

Otro entretenimiento provechoso es tener un gallinero. No es tan fácil, como suponen los que no hacen nada bien, mantener a las gallinas en perfectas condiciones. Un gallinero, por chico que sea, reclama múltiples atenciones y suma prolijidad.



El agua ha de ser limpia y ha de estar a la sombra. Los alimentos fermentan con la humedad y con el sol y ocasionan numerosas enfermedades. La higiene del

gallinero reclama especial cuidado. El dormitorio exige diferentes condiciones en invierno y en verano... Son muchos los detalles que es preciso conocer y vigilar para que las gallinas estén en plena salud. El principal motivo de que sea difícil poseer un gallinero perfecto consiste, quizás, en el hecho de que la cautividad haya anulado en estas aves los instintos que guían a los animales libres.

La siguiente experiencia me ha convencido de que la gallina es uno de los animales más estúpidos. Quizás con ningún otro puede realizarse algo semejante. En el nido de una gallina clueca son colocados diez o doce huevos a las ocho de la mañana. Se cubre el nido con un amplio canasto o un cajón, de manera que la obscuridad en que queda la gallina sea bastante completa.

La clueca cubre amorosamente los huevos, dispuesta a pasarse echada los veintiún días que dura la incubación.

Tenemos otra gallina que ha sacado pollitos el día anterior. A las nueve, una hora después de haber tomado la clueca el nido, nos acer-

camos cautelosamente, y, sin que ella observe la operación, retiramos un huevo y colocamos en su sitio un pollito

¿Puede creer la gallina que han transcurrido los veintiún días y que comienzan a nacer sus polluelos?

Lo cree. Oye los píos con visible satisfacción, esponja las plumas, acaricia al pollito con los suaves roces de su cuerpo. Cloquea y abre las alas para abarcar y cubrir mejor el nido. Se adivina su satisfacción y su orgullo al notar que ya es madre de familia.

Al cuarto de hora, retiraremos otro huevo para substituirlo por otro pollito... A los diez minutos, ponemos otro pollito.



Antes de que hayan pasado dos horas, habremos substituído todos los huevos por pollitos. La gallina los cubrirá, convencida de que son sus hijos, de que han nacido debajo de ella, de que los veintiún días necesarios para la incubación han transcurrido.

Esta experiencia prueba que el avicultor no ha de fiarse del instinto de estas aves, y que la vigilancia de todos los detalles es indispensable para asegurar el buen éxito.



CARTAS
A GENTE MENUDA

INDICE

	<u>Pág.</u>
A Mabel	7
A Ricardo. — EL CABECITA NEGRA	9
A Zulma. — NO QUIERAS PARECER LO QUE NO ERES	11
A Estela. — UN OLVIDO INVOLUNTARIO	13
A un amiguito que no quiero nombrar. — LAS PREGUNTAS DE TOTÓ	15
A Emma. — UNA MAMA EXTRAORDINARIA	19
A Roberto. — ¿VALE LA PENA TENER LINDA LETRA?	21
A Mario. — LOS TRABAJOS DEL PUERTO	23
A Adita. — LA OTRA MUSECA Y LA TUYA	27
A Sara. — DE QUIÉN DEPENDE TU FELICIDAD	29
A una nena de cinco años. — MI QUERIDA CHICHITA	31
A Enrique. — TEMA DE COMPOSICIÓN	33
A Mangacha. — ¿SE LO DIRÁS O NO SE LO DIRÁS?	36
A Luisito. — LA CUESTIÓN DEL CRISTAL ROTO	39
A Lolita. — LA MAESTRA NO LA QUIERE	42
A Susy. — LO DIFÍCIL NO ES DIFÍCIL	43
A Marianito. — DIEZ COSAS IMPORTANTES	48
A Mario. — UN PUENTE GIRATORIO	59
A Pituco. — ¿CUÁNTO SON CINCO PESOS?	61
A Mecha. — EN VÍSPERAS DE IRSE AL CAMPO	66
A Eduardo. — HAY QUE CUMPLIR LO PROMETIDO	69
A Ismael. — LOS BOTINES ROTOS	71

	<u>Pág.</u>
A Lito. — UNA ALUMNA AGRADECIDA	73
A Pilungo. — LAS DESVENTURAS DE CHICHO	75
A Chano. — COMUNICACIÓN URGENTE	79
A Letticia. — LOS ROSALES DE LUISITO	81
A Carlos. — ¿QUÉ TRABAJO ES EL MEJOR?	84
A Alberto. — INGRATITUD VERGONZOSA	87
A Elodia. — OROPURO	89
A Anibal. — EL BUENO QUE PARECIA MALO	94
A Batuque. — UN DETALLE POCO CLARO	97
A Pirucha. — LAS DUDAS DE UN POLLITO	98
A Raúl. — NADA SE CONSIGUE SIN TRABAJO	100
A Juanita. — EL MEJOR REGALO	103
A Julio. — LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS	105



LIBROS PARA LOS NIÑOS

Por CONSTANCIO C. VICIL

MARTA Y JORGE

MANGOCHO

CUENTOS PARA NIÑOS

BOTON TOLON

Estos libros se hallan en venta en todas las librerías de la Argentina, al precio de \$ 2.50.— En el Uruguay: \$ 1.10 o/u.

También pueden ser pedidos directamente a la Editorial Atlántida, Azopardo y Méjico, Buenos Aires, la que los remite libres de porte a cualquier punto.

